

Revista de Documentación Social

SUMARIO:

El sentido humano de la economía, Marín Civera.—Las leyes de la economía capitalista y las crisis, Lucien Laurat.—La eugénica ante la crisis económica mundial de hoy y sus previsiones para el futuro, Luis Huerta.—El presente y futuro del Sindicalismo, Angel Pestaña.—El paro mundial alcanza aproximadamente a 30 millones de obreros.—La cultura y los hechos económicos, Ramón J. Sender.—Momento decisivo, Pierre Besnard.—La moral en relación con la crisis económica, Joaquín Noguera López.—Aspectos internacionales de la cuestión agraria, V. Orobón Fernández.—Fundamentaciones de la crisis actual del Arte, José Renau.—La crisis religiosa y la influencia económica en el catolicismo romano, Matías Usero Torrente.—Evolución individual y colectiva del médico, Isaac Puente.—Hacemos llamamiento..., Romain Rolland.—Teoría de las crisis, A. Minard.—La crisis de capitalismo, Cristián Cornelissen.—Libros, G. Bel

ORTO

Revista de documentación social



Ante el formidable estremecimiento que agita al mundo, y vista la necesidad en que se encuentran las nuevas fuerzas sociales de poseer un órgano supervisor que descubra el horizonte y anuncie la nueva aurora, hemos pensado publicar esta Revista mensual, la cual se dedicará por entero a la crítica analítica de la sociedad actual y a la preparación, a la construcción del nuevo edificio que pugna por levantarse.

En medio del forcejeo y de la pasión que los contendientes ponen en su lucha por la más práctica y rápida emancipación, Orto vendrá a ser el remanso sereno y objetivo en donde los hombres sacien su sed de conocimientos sociales y se instruyan y recojan los materiales necesarios para edificar la nueva vida.

Orto sale en un momento de franca y decidida lucha por la transformación de algo que pugna con los deseos y sentimientos de una gran parte de la Humanidad. Por ello tratará de recoger en sus páginas todas las manifestaciones del mundo, dedicando gran parte de su espacio a las convulsiones económicas y a sus nuevas directrices; reunirá las cifras y las proyectará en un plano de íntima cordialidad, haciendo de la estadística una ciencia para la emancipación del hombre; pasará revista al pensamiento filosófico y destruirá lo que en él haya de partidista o dogmático; la religión la relacionará con la Economía y la Historia para colocarla, limpia y desnuda, en el lugar apartado y último que le corresponde. De la misma manera buscará en el Arte la Ciencia, la Literatura y en la Historia, todo lo que haya de más humano y liberal para ofrecérselo al hombre y que le facilite el camino espinoso y oscuro de su liberación.

Orto pretenderá ser un vivero indispensable de documentación para todo aquel que quiere ver claro y hondo en el intrincado laberinto de los problemas sociales y desee informarse sobre el período de transición y construcción de la Nueva Era.

Que la masa comprenda. Que enriquezca su sensibilidad. Que piense con rectitud. Que proceda certeramente.

Eso es lo que pretendemos.

Y, sobre todo, exacerbar en el hombre el sentido de humanidad, amplio y generoso, indispensable para aquel que siente el anhelo de lo justo y sabe perdonar por su superioridad moral.

Vamos, pues, a unificar la técnica y la ética, al producto con el hombre, al productor con el ciudadano, en fuerte abrazo, para que no puedan separarlos ya todos los magnates de la tierra, con su poder omnímodo.

Pretendemos hacer un hombre nuevo para una sociedad nueva.

El tiempo y la ayuda de los hombres lo dirá.

ORTO

Revista de documentación social



SE PUBLICA UNA VEZ AL MES

SUSCRIPCIÓN

España y América.	- Semestre.	6 pesetas
"	"	Un año. . . 12 "
Otros países.	"	Un año. . . 15 "

PAGO ANTICIPADO

Dirigir toda la correspondencia a

MARÍN CIVERA

Calle de Luis Morote, 44

VALENCIA (España)

A modo de introducción

El sentido humano de la economía

**Número dedicado
al estudio de la
crisis de la eco-
nomía mundial y
del sistema capi-
talista.**

EL mundo entero está bajo la amenaza de una honda transformación en sus métodos de trabajo y en su forma de regulación de la vida social.

En la actualidad son muchos los hombres que se dedican a estudiar las causas de este trastorno y en ver la manera de salir de este doloroso atolladero.

Estamos en presencia de una formidable crisis que, empezando por la economía, va a destruir los restos de una civilización falsa asentada sobre bases conmovibles y antinaturales.

Algunos economistas aseguran que esta es una crisis cíclica que volverá a tomar su curva de prosperidad. Sin embargo, los síntomas indican que es más bien una crisis orgánica, que no terminará hasta que sobrevenga un reajuste racional de las fuerzas económicas, arrastrando totalmente la política, la cultura y todo el baluarte de la civilización burguesa.

La máquina se ha adelantado a la civilización militar y jurídica. El hombre se ha dejado llevar por la técnica en su marcha grandiosa e inconsciente y pugna por detener esta fuerza demente que le tritura y esclaviza en vez de ayudarle y favorecerle. La máquina es el símbolo de grandeza, de prosperidad, de bienestar, a cambio de que se la dome y acaricie, a cambio de que se le dé un alma.

El signo de nuestro tiempo es el de dar un alma a la máquina, el de vencer esa fuerza ciega. ¿Cómo? Uniéndola al carro de una Ética superior. De una Ética que pula la rebaba de su inconsciencia.

Por todas partes se percibe un ruido de desastre. Es necesario desbrozar los escombros y obtener una conclusión limpia, diáfana, que nos libere de todas las negaciones para que podamos sopesar todas las actitudes y para que

se pueda emprender una ruta segura que nos ponga frente a una Humanidad nueva.

Suenan vocablos apocalípticos: capitalismo, comunismo, librecambio, economía dirigida, formas de vida que pugnan por mantenerse, frente a otras formas que avanzan con ímpetu arrollador.

Hombres que se aferran a la máquina para doblegarla a sus caprichos y a sus intereses, y máquinas que saltan por encima de los hombres venciendo-los y condenándolos a la servidumbre.

El duelo de los hombres alrededor de la máquina es algo que se parece a una visión dantesca; es una tragedia que no tiene otro desenlace más que dominando la máquina para que, contrariamente a lo que ocurre en la actualidad, sirva para realizar fines humanos que no sean bastardeados por la intención del lucro.

El capitalismo no puede sobrepasar la máquina. Esta lo vencerá, al fin.

Cada hombre actual defiende o ataca algo: una costumbre, una doctrina, una pasión, un privilegio. Una civilización que defiende su reducto y un proletariado hambriento que quiere pisar tierra firme en el camino de su liberación. Una burguesía que quiere dominarlo todo para sus fines y un ejército obrero que destruye, cuando lo que desea es edificar.

Ante esta lucha, el hombre debe necesariamente tomar partido y salir de su soledad. O defender o destruir. Motivo de lucha de clases que no puede ocultarse, a pesar de que lo nieguen los sociólogos. Es ley de toda actividad humana.

El desarrollo científico, técnico e industrial de las sociedades humanas ha creado medios de producción de una potencia que aumenta de día en día y que producen masas de productos, cuya circulación, destinada al consumidor, es estorbada, detenida por las condiciones generales de la sociedad: políticas (fronteras, aduanas, privilegios económicos nacionales), jurídicas (régimen de la propiedad), sociales (salariado), culturales (prejuicios de ciertas clases con respecto a los derechos de las clases obreras al consumo de los productos de la industria moderna).

De aquí que alguien defina esta situación como una economía mundial, desorganizada, trabajando sin conocimiento de las posibilidades del consumo, aumentando cada año sus medios y poniendo en circulación una parte que excede absolutamente las necesidades, y cuya otra parte no puede llegar a manos de los que lo necesitan. Todo lo cual es inconciliable con las condiciones políticas y sociales de los pueblos.

De ahí que nos encontremos ante un problema de organización entre todos los sectores interdependientes del globo.

Y esto no lo solucionan los políticos. Hay que dar paso a los técnicos para que propongan la construcción de órganos de coordinación de la economía, sin preferencias raciales ni de casta, ni intención determinada de favorecer a ninguna clase. Para que de ahí pueda salir una organización armónica del trabajo que dé al traste con todas las preferencias y desigualdades sociales. La técnica no debe ser patrimonio de nadie, sino que debe servir a todos y eliminar todo parasitismo.

En cuanto a la administración del trabajo y de la vida social, nadie mejor que el que trabaja para saber sus necesidades y las de los demás. Para su vida

política, de relación, una amplia descentralización que haga posible la verdadera democracia y emprender a la noble tarea de la formación cultural del productor para que viva en una sociedad fundada sobre la libertad humana.

* * *

La crisis actual no se soluciona restringiendo la producción —como quieren los grupos patronales— ni cerrando fábricas, ni cerrando fronteras, ni rebajando los salarios.

Ni tampoco, como hacen algunos intelectuales, acusando a la ciencia y a la máquina, como causantes de todo el mal.

Los verdaderos responsables son los que se empeñan —desde su altura política o económica— en sostener por la fuerza un sistema social que pugna con los sentimientos humanos y con la evolución general.

La responsabilidad de estos hombres es enorme. Son capaces de llevar a la Humanidad a una nueva guerra que beneficie sus mercados, antes que buscar el remedio más humano dando paso a las fuerzas nuevas, con clara visión de su destino.

Vamos directamente al caos.

Todos los países de Europa están endeudados hasta la médula.

Hay cerca de treinta millones de obreros parados.

Guerra en Oriente y amenaza de propagación a Europa.

La mayor parte de las fábricas de Europa y América están reduciendo el personal o cierran definitivamente.

Muchas fábricas, equipadas para grandes rendimientos, aminoran su producción, siendo así que existen tantos necesitados.

Se están estropeando grandes *stocks* de productos fabricados, cuando hay tanta hambre en todo el mundo.

Y a qué seguir con este trágico balance.

Es preciso haber estado sin trabajo, haber llamado a todas las puertas, ver cómo la depauperación hace mella en nuestros hijos, haber implorado la caridad pública para comprender lo que es verse impotente ante esto, teniendo buenos brazos para trabajar y un cerebro que reflexiona.

El hombre escruta el destino y no comprende tal inhumanidad.

Hay responsables, mas no está en nuestro ánimo el acusar personalmente a nadie, ni guardar rencor a los hombres. Es el sistema el que debe desaparecer, es el régimen lo monstruoso. Los hombres, al fin y al cabo, son víctimas de su propio medio. Pero hay que evitar que esto continúe. No puede tolerarse que un reducido número de personas tenga en sus manos la vida y el destino de todos los humanos.

En el siglo de la democracia sufrimos la peor de las dictaduras, la que no se manifiesta, la que no hace ruido, la que obra sordamente y condena inexorable a miles y miles de seres humanos. La dictadura se adivina en el dominio político, en los nacionalismos belicosos, en el terreno económico, en los grandes *trusts*, en el crédito, en la Banca...

Por doquier se ve la autoridad sin responsabilidad, al amparo del sistema.

Ante esto es necesario pensar en otros moldes sociales, en otras normas jurídicas que sustituyan a las que están en plena decadencia. Hay que susti-

tuír por un nuevo derecho nacido del trabajo, al antiguo, originado por el derecho de guerra, de coacción, de los regímenes monárquicos y aristocráticos, que no responden más que a las exigencias de las clases parasitarias. Hay que oponer a las normas de los partidos, las de las que se derivan de las necesidades y aspiraciones del trabajador.

A la guerra, a la fuerza, a las finanzas, a los grandes partidos que obran a cuenta de las grandes empresas económicas, hay que oponer la ciencia, la inteligencia, el esfuerzo, que son las potencias creadoras.

El Estado actual está en quiebra, por lo mismo que se desgaja su basamento económico y social que lo motiva. Y no es que se hunda por la voluntad de sus contrarios, sino corroído por sus propios defectos. Como comprende su trágico destino, va virando hacia rumbos de socialización, mas tampoco acertará. Es muy difícil llegar a un armónico concierto entre el liberalismo económico y la economía organizada.

El capitalismo moderno ha tomado cierto *aspecto* socialista, aunque sin entrar en su *esencia*. El culto economista francés, y estimado camarada, Lucien Laurat, ha visto bien esta modalidad. De los tres hechos principales que caracterizan el Socialismo, el capitalismo ha tomado para sí el primero: la dirección de la economía por la voluntad consciente de la colectividad; pero se ha olvidado los dos restantes: la supresión de la explotación del hombre por el hombre y la desaparición de las clases. Y no solamente los ha olvidado, sino que los acentúa. Cada vez hay más explotación; una gran parte del producto total de la sociedad se transforma en ganancia, en interés y en renta y una parte cada vez más pequeña va a los trabajadores en forma de salario. Véanse, si no, las estadísticas americanas, los cálculos de Werner Sombart y el grito de alarma de Mr. Green:

«Los aspectos socialistas del capitalismo moderno no se encuentran más que en el dominio de la economía dirigida, y aun así, es un proceso contradictorio, en el que cada etapa, acentuándose los *aspectos* socialistas del régimen actual, se aleja de más en más del Socialismo en cuanto a su *esencia*.

En la medida que los monopolios realizan hoy la economía dirigida en sus ramas respectivas, se trata de una economía dirigida según la voluntad de un puñado de magnates y no de la colectividad.»

«Toda la evolución del capital desde el origen del industrialismo, se caracteriza por este proceso de *socialización espontánea*. Así se prepara el advenimiento de un orden social nuevo, facilitando la puesta en común de los medios de producción y cambio, y centralizándolos de tal suerte que la colectividad pueda asumir la gestión sin grandes trastornos en cuanto a la técnica de la producción y a la contabilidad administrativa.»

Ahora, que esto no hace superflua la intervención de la consciencia social encarnada en la masa proletaria.

Es necesario organizar la vida de tal manera que el provecho de la actividad creadora de los hombres, sin separaciones de ideas ni partidos, pertenezcan a la colectividad y que los encargados de distribuirlo sean los propios creadores de la riqueza: los productores, los sabios y los técnicos, por medio de sus órganos sindicales adecuados. Es decir, que el propio productor sea a la vez el ciudadano libre, que regule y actúe, desdoblado su carácter de trabajador y de hombre, sin separaciones absurdas como en la actualidad.

Es una obra a emprender por toda la Humanidad. No la obra de un pueblo contra otro. No la de un continente contra el opuesto. Es una tarea planetaria, de solidaridad, de conciliación, de reconocimiento por el trabajo.

Hay que aprovechar los adelantos de la técnica y los materiales acumulados por todos y hasta las organizaciones que convenga del capitalismo. Pero dándoles un alma, una ética nueva, una nueva manera de convivir.

Sobre todo que, en este vasto plan de construcción y rectificación de todos los valores humanos, no predomine el espíritu de secta, que haga imposible la convivencia armónica y sea nuevamente una clase la que se imponga.

El peligro que se ve en los socialistas europeos, si no rectifican a tiempo, es de que unan su destino al del capitalismo con menoscabo de su esencia socialista. Es imposible querer conciliar dos fuerzas antagónicas, dos antinomias irreductibles. Cuando crean haber arrancado una concesión al enemigo, vendrá el zarpazo fuerte de la dictadura a arrebatarlo. Y no es cosa de jugar ni de perder tiempo cuando se corre el peligro de ser absorbido por la última fuerza de la civilización material, que convertiría al hombre en un servidor inconsciente de la máquina.

Es indispensable recrear la vida social, por la humanización de la economía. Que ésta sirva para elevar al hombre y no que se convierta en esclavo de ella.

¿Sobre qué bases se va a construir esta nueva vida?

Los hombres que colaboran y colaborarán en esta Revista lo irán exponiendo con la autoridad que les da su prestigio intelectual. Con serenidad, sin odios, alquitarando sus ideas y exponiendo con nobleza su pensamiento, impregnado de humanidad, de perdón y de consuelo.

Marín Civera

Notas alemanas

El paro forzoso ha aumentado en el curso de la segunda quincena de enero, sobrepasando, por primera vez, la cifra de seis millones.

En el 31 de enero el número de parados inscritos en las Oficinas del Trabajo era alrededor de 6.041.000. El aumento desde el 15 de enero es de 75.000.

Desde la mitad del año 1931 el índice de la producción establecido por el *Institut für Konjunkturforschung* ha caído de 74'4 a 63.

El comercio exterior ha bajado a 982 millones de marcos en Enero 1932, contra una media mensual de 1.360 millones de marcos en 1931, o sea, ha disminuido en un 30 %.



Las tropas japonesas debían retirarse el día 16 de noviembre...

(Chen Pao, Sganghai.)

Las leyes de la economía capitalista y las crisis

Las leyes fundamentales de la economía capitalista proceden de su carácter de producción mercantil universalmente desarrollada, donde incluso la fuerza humana, la fuerza de trabajo, se presenta como mercancía. Contrariamente a las otras formas de la explotación del hombre por el hombre, la explotación capitalista reposa sobre la libertad de los explotados. Estos son libres de trabajar o de abstenerse; ninguna ley, ningún decreto, ninguna disposición administrativa les obliga a someterse a las órdenes de un patrono. Y si lo hacen es en virtud de una coacción puramente económica: al no poseer medios de producción, ni capital, vienen obligados, si quieren vivir, a vender la fuerza de sus brazos o de su cerebro. Y esta fuerza, transformada así en una mercancía, se vende como toda otra mercancía, a un precio correspondiente a su valor, es decir, al trabajo que debe ser empleado para producirla, en estas condiciones sociales medias. Siendo muy elevada la productividad del trabajo humano, la manutención del asalariado sólo necesita unas pocas horas de trabajo por día; pero el capital, que compra su fuerza de trabajo, le hace trabajar ocho horas. Si la producción de los artículos de consumo necesarios a la manutención del obrero exige, por ejemplo, cuatro horas, el obrero da, durante el resto de su jornada, cuatro horas de sobretabajo o de trabajo no pagado: este exceso de trabajo es lo que constituye la plusvalía capitalista.

Esta operación es posible porque hay una distancia considerable entre lo que un obrero puede producir con el utillaje perfeccionado de los tiempos modernos y lo que le es indispensable para nutrirse, vestirse y educar su familia.

Estamos en presencia de tres elementos cuyas variaciones expresan las leyes fundamentales capitalistas: el primero está constituido por el valor del utillaje (talleres y construcciones) y las materias primeras auxiliares; el segundo, por el valor de la fuerza de trabajo, representada por el salario; el tercero, por el trabajo rendido más allá de este valor, o sobretabajo, materializándose en la plusvalía.

La potencia del utillaje, al que corresponde como corolario histórico un cierto grado de cualificación y de instrucción de la fuerza de trabajo, determina la cantidad de materias que esta fuerza puede transformar diariamente en objetos susceptibles de ser consumidos. A mayor potencia del utillaje, fuerza productiva, más considerable es la masa y el valor de la materia muerta manejada, transformada y manipulada por un número dado de trabajadores. Si llamamos c (= «capital constante») el valor total del utillaje usado y de

las materias consumidas en la producción, v (= «capital variable») el valor de la fuerza de trabajo, y pl a la plusvalía, el valor total de la producción ulterior dada se expresa por la fórmula:

$$c + v + pl$$

Las proporciones recíprocas de estos tres elementos están lejos de ser fijas, y van modificándose constantemente en un ritmo determinado que Carlos Marx descubrió. Como el capital, bajo el estimulante imperioso de la competencia, viene obligado al aumento incesante de la producción, la masa y el valor del utillaje y de las materias aumentan más aprisa que los obreros que las manipulan. El v disminuye con relación al c ; así, un capital dado emplea cada vez menos asalariados. De aquí la ley de la sobrepoblación relativa que se manifiesta durante la última fase del capitalismo bajo la forma de paro crónico.

El acrecimiento de la productividad hace que los medios de subsistencia de los obreros puedan ser producidos en un tiempo más corto cada vez. Una fracción acrecida de la jornada de trabajo se transforma en trabajo no pagado o plusvalía. De ahí esta otra ley que hace que v disminuya con relación a pl : hay baja de salario relativo (1).

En fin: el capital $c + v$ aumenta más aprisa que pl , la plusvalía. Esta es la ley de la baja tendencial del tipo de ganancia: pl , aumentando en cifras absolutas, disminuye en relación con $c + v$, porque el aumento de pl con relación a v no puede ser obtenido más que por aumento todavía más acentuado de c .

Estas tres leyes conducen periódicamente al capitalismo a las crisis. Para comprender bien el mecanismo, conviene recordar que la plusvalía se divide en una fracción consumida por la clase capitalista (pl^{co}) y otra fracción destinada a la acumulación, al ensanchamiento de la producción (pl^{ac}). Todavía aquí estamos en presencia de una necesidad absoluta impuesta al capital por la competencia: la fracción consagrada a la acumulación se acrece más rápidamente que la fracción consagrada al consumo.

La producción aumenta de año en año, más el consumo representado por $v + pl^{co}$ (capital variable + plusvalía consumible) aumenta con menos rapidez que el total de los valores producidos: $c + v + pl^{ac} + pl^{co}$. La base de consumo de la sociedad es demasiado estrecha para la fuerza productiva, extendida e intensificada de más en más, y que funciona con el solo fin de poner en valor el capital, o sea, de vender con provecho las mercancías producidas. El total $v + pl^{co}$, al ser demasiado restringido para absorber la creciente producción, el capitalismo debe buscar compradores cuyas rentas provienen de distinta fuente a la de v o pl . Y los encuentra entre los productores independientes, poseyendo en propiedad los medios de producción y que no están sometidos a las leyes que determinan la repartición de las rentas en la economía capitalista: los campesinos y artesanos de los países industriales

(1) Las estadísticas americanas de todo el período que precede al crac de Wall Street coinciden a este respecto.

y de todas las otras regiones del globo. Pero la capacidad de absorción de este medio extracapitalista se extiende menos rápido que la producción capitalista y llega el momento en que los mercados están repletos y estalla la crisis.

* * *

El capital supera la crisis por medio de un doble proceso de expansión y de contracción. La liquidación *extensiva* se efectúa por el ensanchamiento de los mercados no capitalistas (conquistas coloniales, extensión de las *esferas de influencia*). La liquidación *intensiva*, el saneamiento interior se opera por el restablecimiento de la rentabilidad: la multiplicación de las quiebras provoca la desaparición o la absorción de los negocios incapaces de sostenerse, la caída de los precios arrastra la depreciación del capital, el paro de la acumulación, la disminución de los *salarios*. La *plusvalía* reducida en razón del número de asalariados, corresponde a un valor-capital todavía más reducido, lo que significa aumento del tipo de ganancia. La base de consumo de la sociedad, aunque disminuida por el paro, se extiende *relativamente* en relación a los valores producidos, que se contraen más todavía. La producción vuelve y el ciclo recomienza.

Las crisis no provienen solamente de lo que se llama «la anarquía de la producción capitalista», el insuficiente ajuste de la producción al consumo, la falta de previsión, la desproporción entre las distintas ramas de la economía, sino que ocurren por causa de las leyes rigurosas esbozadas más arriba y que obran con el automatismo y el vigor incoercibles de las leyes naturales, haciendo imposible todo ajuste consciente mientras tanto existan sus causas profundas, la propiedad y la ganancia capitalistas. Se atribuyen las crisis a la simple *anarquía* y a la *complejidad del mercado*, porque las verdaderas fuerzas motrices que dominan el movimiento de *c*, *v*, *pl.^{co}* y *pl.^{ac}*, se manifiestan a través de esta anarquía y de esta complejidad. En la base de todas estas leyes existe el hecho que la fuerza de trabajo es una mercancía, y es una mercancía porque los medios de producción son la propiedad exclusiva de una clase que no los hace funcionar más que en la medida que este funcionamiento se efectúe a un tipo de beneficio dado. El resorte de las crisis y de su liquidación es la ganancia capitalista.

La evolución del capitalismo moderno, particularmente en el curso de la última década, ha aportado elementos nuevos que tienden a modificar estas leyes fundamentales en el sentido de una agravación. Para precisarlo más diremos que estos elementos no son nuevos en sí mismos. Lo nuevo es su nombre y su envergadura. Hablamos de los monopolios (ententes, *cartels*, *trusts*) y del crédito, que Bernstein consideraba cándidamente hace treinta años como fenómenos de *adaptación* y de atenuación de las contradicciones capitalistas. La experiencia da razón al espíritu *abstracto* de Marx (y de Rosa Luxemburgo, que defendía su doctrina en aquella época) contra el espíritu *realista* de Bernstein.

La monopolización de determinadas ramas de la producción, que completa y sostiene un proteccionismo cada vez más desenfrenado, refuerza las dos tendencias que reducen relativamente la capacidad de consumo de la sociedad: la baja de *v* con relación a *pl* y de *pl.^{co}* con relación a *pl.^{ac}*. Los

precios de monopolio, generadores de vida cara, disminuyen la capacidad de compra de la clase asalariada de forma que la relación v/pl se modifica con mayor rapidez aún en favor de pl . Es verdad que los monopolios tratan de frenar la acumulación, puesto que están obligados a restringir la producción para imponer a los compradores precios más elevados; pero la competencia a que se entregan entre ellos (luchas por la cifra de producción correspondiente) y la que deben sostener sobre el mercado mundial, por encima de las fronteras nacionales protegidas, no les permite restringir la acumulación. El *dumping*, al que recurren forzosamente, les obliga, por el contrario, a acumular más todavía, lo que refuerza la baja de $pl.^{co}$ con relación a $pl.^{ac}$.

El crédito obra en el mismo sentido. El crédito al consumo (acordado esencialmente a los asalariados, pues los capitalistas no tienen necesidad de él) no aumenta más que temporalmente la capacidad de compra de los trabajadores. Y la reduce tanto más en el porvenir cuando una parte del salario, debiendo saldar las compras pasadas, no contará como demanda nueva. Esta forma del crédito creando una demanda temporalmente acrecida estimula todavía la acumulación y refuerza la desproporción entre $pl.^{ac}$ y $pl.^{co}$, apresurando la baja acentuada de v en un próximo porvenir. El crédito acordado directamente a la producción es un potente estimulante a la *sobrecapitalización* y al acrecimiento de $pl.^{ac}$ con relación a $pl.^{co}$.

Frente a este encogimiento agravado del mercado capitalista existe la penuria crónica de mercados extracapitalistas, todavía bastante vastos en cuanto a su amplitud absoluta, pero cada vez más insuficientes si se les compara con la enorme fuerza productora del capital que debe ponerse en valor en el mundo entero. El capitalismo ha entrado en su período de vejez, de estancamiento crónico. La Era de su ascensión triunfal, de sus largos e impetuosos períodos de prosperidad, se ha cerrado.

* * *

Cada país capitalista no puede adquirir nuevos mercados más que arrancándolos a los países concurrentes. La penuria crónica de mercados empuja a cada capitalismo nacional a proveerse de todas las armas de la guerra económica. El cierre, cada vez más hermético, de las fronteras nacionales, es la obligada consecuencia, lo cual viene a exacerbar el viejo conflicto entre los partidarios del *laissez faire* y los adeptos del intervencionismo, haciéndose responsables mutuamente del estado caótico de la economía mundial. Los primeros acusan las restricciones y prohibiciones de toda suerte, los monopolios, el proteccionismo, los impuestos excesivos, la política del crédito *dirigido*. Los segundos recriminan la libre competencia, el juego ciego y anárquico de las iniciativas individuales, los movimientos desordenados de las mercancías y de los capitales a través del mundo.

—Perdón —replican los librecambistas—, la libre competencia se puede decir que no existe por causa vuestra, que habéis destrozado su admirable mecanismo automático con vuestros *cartels*, vuestras tarifas, vuestros impuestos, vuestro estatismo.

—Si la economía dirigida no ha tenido más éxito —responden los intervencionistas— es porque vuestros principios liberales han estorbado la orga-

nización racional de la producción y del reparto y nos han impedido suprimir completamente la competencia.

Las dos tesis se oponen irreductiblemente. Una atribuye la crisis (o por lo menos su gravedad excepcional) a que hay demasiada organización en la economía, y la otra a que no hay todavía bastante. Una y otra no hacen más que reflejar tendencias reales de la economía capitalista, tendencias que obran simultáneamente y cuyo conflicto no cesa de acentuarse a medida que progresa la depresión crónica.

En la carrera general y desenfrenada a los mercados no capitalistas, cada capital tiene necesidad del armazón que constituye su aparato de Estado, no sería más que por defender posiciones comerciales ya conquistadas. Con mayor razón este armazón es indispensable a la extensión de los mercados, pues ella sola permite la aplicación de todos los métodos modernos de expansión, la puesta a contribución de todas las capas populares, la práctica del *dumping* bajo todas sus formas, la movilización de todos los recursos nacionales, en vista de reforzar la propulsión expansiva, ley suprema e inalterable del capital.

Esta necesidad de una economía nacional organizada, reglamentada, dirigida, entra constantemente en conflicto con la necesidad no menos imperiosa de una circulación libre e ininterrumpida de las mercancías y de los capitales sobre todas las rutas comerciales de nuestro globo. El conflicto perpetuo entre la libertad y la organización, entre la competencia y el monopolio, entre la economía espontánea y la economía dirigida, reviste sus formas más agudas sobre el mercado mundial. Es sobre el mercado mundial, último refugio de la libertad económica, donde se produce cotidianamente el choque de las economías nacionales más o menos organizadas. Y es sobre el mercado mundial donde la lucha entre el liberalismo y el intervencionismo encontrará su solución definitiva, y es allí donde se elabora la síntesis de una unidad superior de los dos principios capitalistas irreductiblemente opuestos.

La organización de la economía mundial no podrá efectuarse más que por la supresión de la causa determinante de la marcha a los mercados extra-capitalistas; esta causa es el capitalismo y el reparto de las rentas que se derivan. Sólo con él desaparecerá la necesidad de mantener a toda costa los caparazones nacionales, que estrñendo las diferentes economías nacionales, les impiden el fundirse en una verdadera economía mundial.

La organización racional de la economía mundial es la única salida del caos actual. Pero esta salida tiene por condición la intervención consciente de una fuerza que esté por encima de las mortales competencias de las diferentes economías nacionales monopolizadas. La organización de la economía mundial no podrá efectuarse más que contra las dos doctrinas que se enfrentan y cuyo conflicto —capitalismo liberal (concurrente) contra capitalismo organizado (monopolizado) se traduce en la realidad por la concurrencia de los monopolios, por la libertad anárquica de las organizaciones monopolizadas, por una monopolización desordenada en medio de la anarquía de la concurrencia. Esta solución, oponiéndose a los dos principios capitalistas es la solución socialista. La economía mundial organizada será socialista o no será.

París.

Lucien Laurat

Revisiones

La Eugénica ante la crisis económica mundial de hoy y sus previsiones para el futuro

I

EN 1900 acaece la muerte de Nietzsche y con ella se extingue el último gran foco del pensamiento filosófico europeo del siglo XIX. Lo que Rousseau para la paidología representa Nietzsche para la eugenesia; es el *pionnier* o primer adelantado de la higiene de la raza, que reveló, con chispazo genial, ya en 1888, época en que denuncia el peligro de la decadencia racial y recomienda medidas salvadoras, como el certificado prematrimonial, la «segregación» y la «esterilización» de los anormales y otros postulados eugénicos. Con Nietzsche adquiere la eugenesia carta de naturaleza en el mundo de la filosofía. Y lo que en el terreno de la especulación abstracta alumbró Nietzsche, es llevado al campo de la ciencia experimental por Galton y Pearson, en Inglaterra; Vacher de Lapouge y Richet, en Francia; Ploetzs y Schallmayer, en Alemania; Madrazo y Amador, en España, quienes asientan sobre principios científicos la doctrina de la selección humana. Y, al cabo de cuarenta y cuatro años, se confirman en el campo de la filosofía —por Keyserling— las previsoras afirmaciones de Nietzsche. Esto quiere decir que hoy la eugénica, tanto en el terreno de la metafísica como en el de la ciencia positiva, es una realidad inmovible. Lo que equivale a sostener, en el terreno práctico, que su doctrina debe ser conocida y propagada en suficiente extensión e intensidad, a fin de que se filtre a través de todas las capas sociales para el logro definitivo de sus ideales.

No obstante esto, en España el atraso es tan grande en materia eugénica que suele confundirse frecuentemente con la doctrina maltusiana, aun en los medios culturales de mayor relieve. Pero no vamos ahora a establecer la diferenciación clara que existe entre ambas doctrinas, porque ello quedó resuelto en nuestra monografía *El Maltusianismo no es el Eugenismo*, publicada en marzo de 1929 por *Gaceta Médica Española*, y reproducida en abril del mismo año por *Revista Médica*, de Barcelona, y, posteriormente, por *Estudios*, de Valencia, y otras publicaciones culturales. Me limitaré, pues,

solamente a reproducir un cuadro sintético, de gran transparencia, que nos sirva de antecedente metódico al presente artículo.

Escuela	Fundador	Campo de investigación	Problema de estudio	Objeto	Medio	Fin	Ideal común
Maltusiana o maltusianismo	Malthus (1766-1834)	Economía	El movimiento de la población	Procreación ordenada	«Birth-Control»	Riqueza	Generación consciente
Galtoniana o eugenismo	Galton (1822-1911)	Biología	Los hechos de herencia	Mejora de la raza	Selección artificial	Salud	

Todas las Ligas maltusianas forman hoy una Federación internacional, presidida por el doctor C. C. Little, rector de la Universidad de Maine (U. S. A.), y cuyos fines son los siguientes: 1.º Mostrar a los pueblos y a los Gobiernos los daños de la sobrepoblación. 2.º Disminuir y eliminar el exceso de población por la difusión del conocimiento de los métodos desfertilizantes, que no deben confundirse con el aborto. 3.º Oponerse a toda legislación prohibitiva de la enseñanza de las prácticas anticoncepcionales higiénicas. 4.º Recomendar al Cuerpo Médico la enseñanza de esas prácticas, particularmente en los hospitales, asilos y centros de beneficencia. 5.º Trabajar por el mejoramiento de la raza, permitiendo a los padres de familia restringir la prole al número de hijos que razonablemente puedan traer al mundo teniendo en cuenta su estado de salud y sus medios económicos, y autorizándoles a abstenerse de procrear cada vez que una enfermedad hereditaria o de otra índole corriera el riesgo de convertir a los hijos en seres incapaces de subvenir a su propia existencia. 6.º Desarrollar el sentido de la responsabilidad sexual y disminuir así la propagación de las enfermedades venéreas, haciendo saber que la juventud debe concertar el casamiento en edad temprana (que no es lo mismo que precoz o prematura) sin preocuparse demasiado de su situación económica, ya que el *birth-control* les permitirá limitar el número de hijos. Desarrollar con esto una sana instrucción de las cuestiones sexuales. 7.º Establecer un acuerdo internacional solicitando de todos los Gobiernos que presten la debida atención al problema de la natalidad en los diversos países, dictando medidas que eviten la sobrepoblación, que está reconocida como una de las causas más importantes de las guerras.

A su vez, las organizaciones eugénicas constituyen una Federación internacional, cuyo presidente es Leonard Darwin, «sabio emérito, heredero de un gran nombre, que ha consagrado su vida a la magnífica obra de la regeneración humana». Esta Federación tiene su sede en París, en el domicilio social de la Liga de las Sociedades de la Cruz Roja, y sus fines concretos son: 1.º El aumento de los *stocks* humanos biológicamente superiores; y 2.º La disminución de los *stocks* humanos inferiores, según el programa de actuación de todas las Sociedades eugénicas del mundo.

Posteriormente, se ha constituido una «Liga mundial para la reforma sexual sobre bases científicas», que ha celebrado ya cuatro Congresos inter-

nacionales. Los fines de esta Liga quedaron establecidos en el Congreso de Copenhague (1928), y son los siguientes: 1.º Igualdad política, económica y sexual de hombres y mujeres. 2.º Separar el matrimonio (y especialmente el divorcio de la tiranía de la Iglesia y del Estado). 3.º Control de la concepción, con el fin de que la procreación sea un acto deliberado y con pleno sentido de la responsabilidad. 4.º Mejora progresiva de la raza mediante la aplicación práctica de las doctrinas eugénicas. 5.º Protección para la madre soltera y el hijo ilegítimo. 6.º Actitud racional ante las personas sexualmente anormales y especialmente hacia los homosexuales. 7.º Prevención de la prostitución y de las enfermedades venéreas. 8.º Juzgar las actitudes anormales del impulso sexual como fenómenos más o menos patológicos y no, como hasta aquí, como crímenes, vicios o pecados. 9.º Juzgar simplemente como actos criminales los que infrinjan los derechos sexuales de otra persona. Los actos sexuales entre adultos responsables y realizados con mutuo consentimiento serán estimados como actos de la vida privada de esos adultos. 10.º Educación sexual sistemática. Esta Liga está presidida por el doctor Augusto Forel (Suiza), doctor Havelock Ellis (Inglaterra) y doctor Magnus Hirschfeld (Alemania). El Comité ejecutivo lo constituyen: Doctor Paul y Marie Krische, de Berlín; doctor Walter y Hortha Riese, de Frankfurt-am-Main, y doctor L. H. Lounbach, de Copenhague.

Estas tres grandes organizaciones mundiales han ido apareciendo sucesivamente y desenvolviéndose en círculos concéntricos, envolventes. La nota característica de la «maltusiana» es el estudio del problema de la *población*; lo propio de la «eugénica» es el problema de la *selección*, y el campo acotado por la «sexualista» es el *problema sexual* en toda su amplitud: esta última engloba a las dos anteriores.

II

Las grandes matanzas bélicas, producto de la desorganización económica y social de los Estados modernos, tienen su apoteosis trágica en la guerra mundial de 1914. Y es Alemania, sobre todo, el primer protagonista, sin duda, en la gigante y macabra escena. Por eso este gran país centroeuropeo tiene hoy el valor de un documento vivo ante la eugenesia y el poder de ejemplificación para la conducta social del porvenir. Vamos a registrar algunos de los datos recogidos pacientemente por Margarita Sanger en *International aspects of Birth-Control*.

La primera nota hiriente del cuadro desolador que ofrece la Alemania de trasguerra, como, en general, todos los países beligerantes, es el estado miserable de la población campesina y el de la clase trabajadora, tanto manual como intelectual, en la vida urbana. La Cruz Roja Internacional ha comprobado este hecho bien significativo: «Antes de la guerra se suicidaban anualmente 1.200 alemanes; mas hoy la cifra de los suicidas se eleva a 80.000.» Puede decirse que en la actualidad la vida en los países no beligerantes más bien se soporta que se disfruta; pero en aquellos pueblos en que los males se multiplican y las «taras» hereditarias se acentúan, la existencia humana llega a

una tan abrumadora amargura que se hace insostenible. Y entonces aparece el suicida, como una de las múltiples «flores del mal».

Un análisis más detallado nos presentará la triste verdad en sus principales aspectos.

Mortalidad y morbilidad.—El número de niños que mueren de tuberculosis se ha elevado al cuádruple de antes de la guerra, y, sin embargo, se ha comprobado que la mortalidad infantil era aún inferior a la mortalidad de los adultos. Esto es debido a que la escasez de leche obligaba a las madres a amamantar ellas mismas a sus hijos. Pero esta última situación ya ha cambiado porque las madres, obligadas a trabajar o insuficientemente nutridas, se encuentran incapacitadas para la lactancia. Y como resultado, se aprecia un considerable aumento de los niños débiles y raquíticos. En los centros de protección maternal se ha demostrado que el 6 % de los niños padecen trastornos alimenticios agudos; el 12 1/2 %, trastornos alimenticios crónicos, y el 32 %, raquitismo. La disminución del peso de los niños es un hecho general y ninguno tiene el correspondiente a su edad. En las grandes poblaciones la mortalidad infantil hace estragos. En Munich, por ejemplo, se eleva al 40 % de la población infantil.

Asistencia social.—Las condiciones económicas obligaron a gran número de hospitales y obras pías a la clausura definitiva. Y el número de enfermerías, asilos, etc., disminuye cada día. En 1922 había en Prusia 2.400 casas de asistencia para niños, las cuales, a partir de esta época, han quedado reducidas a la mitad. Al finalizar el período de inflación, el 30 % de tuberculosos, de Mannheim, el 50 % de los mismos, en Nuremberg, y casi el 100 %, en Hamburgo, se encontraban sin sábanas en sus lechos. Las Maternidades, suprimidas muchas por falta de recursos, no pueden atender a las diarias demandas de plazas. En muchos casos los asilos nocturnos han tenido que ofrecer refugio a pobres parturientas sin vivienda. Y, a menudo, a los seis días de dar a luz, la madre tenía que abandonar el hospital y al propio hijo recién nacido, que ingresa en el orfanato. Estas casas de huérfanos están atestadas, pues ya las familias no quieren encargarse, como antes hacían, de niños abandonados, los cuales se encuentran en condiciones deplorables. Lo corriente es que varios niños tengan que dormir en una sola cama.

Natalidad.—Estas circunstancias de crisis económica influyen también en el movimiento demográfico de la población alemana. La natalidad era en Berlín, en 1923, de 9'4 por mil habitantes, mientras que Londres, en la misma época, da un contingente de 20'2. Más de ciento veinte escuelas se cerraron por falta de alumnos. El número de nacimientos, que era en Alemania de dos millones en 1908, sólo tenía 1.600.000, en 1920, y 1.300.000, en 1923. El exceso de nacimientos sobre defunciones era de 900.000 antes de la guerra, y bajó a 430.000, en 1923. Sobre todo, entre los intelectuales es donde más notorio se hace este descenso. La miseria de estas clases, y particularmente las universitarias, que se encuentran en un estado de pobreza lamentable, ha sido objeto de un estudio en el *Journal of the American Medical Association*, y se ha fundado en Chicago, bajo la presidencia del doctor Ludwig Hektoen, un Comité de socorro a los intelectuales alemanes. En fin, mientras que las poblaciones obreras conservan una natalidad próxima de 4, las clases altas y burguesas hacen disminuir la suya por debajo de 2.



RENAL

Lacras sociales.—Después de la guerra, el alcoholismo y las enfermedades venéreas han tenido un aumento considerable en Alemania. El alcohol, sobre todo, ha hecho presa en la mujer. Entre las bebidas espirituosas, es el aguardiente lo que más se consume. En cuanto a las enfermedades venéreas se ha comprobado un recrudecimiento enorme de la sífilis. Estadísticas que datan de 1922, muestran que un gran número de hombres perecen anualmente víctimas de este azote social. Se calcula que es causa de muerte y de alteración mental en el 30 % de los alienados, en el 7 % de los epilépticos y en el 80 % de enfermos con aneurisma. La heredosífilis va también en aumento por todo el territorio. Según Neisser, todos los adultos de las grandes ciudades alemanas han pagado su tributo a la blenorragia. Blaschko asigna a Berlín 120 blenorragias por cien adultos, y a Breslau, 200 %. Un estudio completo de esta cuestión, en su aspecto mundial, puede verse en la obra de Carrara, titulada *Difesa Sociale*, y en la del doctor Leclerc-Dandoy, sobre *Les ravages de la blenorragie* (1).

Aborto artificial.—Los factores económicos traídos por la guerra mundial han contribuido también al aumento extraordinario del número de abortos en Alemania. Según Krohne, se elevan a la cifra anual de 800.000. A principios de siglo, en Berlín, el promedio era de diez abortos por cien casos de embarazo. Hoy se elevan al 40 %. Este aumento se debe, naturalmente, al aborto artificial, que trae como consecuencia unas 6.000 muertes de las mujeres que lo practicaron por intervención ilegítima, y 75.000 enfermas como consecuencia de este tipo de aborto. Además, hay unas 8.000 mujeres presas en las cárceles de Alemania por el ejercicio de esta práctica ilegal. Se ha dado el caso extremo de que el ministro de Justicia, ante el espectáculo de Saxe, conceda una amnistía en favor de las mujeres condenadas por aborto, ya que su delito era consecuencia inmediata de la gran miseria y del hambre.

He aquí, a grandes rasgos hecho, un cuadro que se repite en muchos países, con fondos más sombríos si cabe que en Alemania, país, al fin y al cabo, de la técnica, de la ciencia y de la organización ciudadana. Es por esto por lo que la eugénica se yergue invocando sus principios para dar paso a una humanidad nueva, libre de prejuicios sexuales.

III

¿Previsiones? El influjo pernicioso de la crisis económica mundial sobre la salud de la raza es hoy un hecho bien patente. Pero no cabe duda que la esperanza del mundo está en el avance organizado de la ciencia al servicio de la solidaridad humana. Los problemas fundamentales de la vida no se resuelven a puntapiés ni con improperios. Esta es la vieja ceguera, todavía mal curada. Hoy cruza la tierra, como una tromba, la trompeta del odio. Pero el odio es negativo, y lo es por irracional, antiestético e inhumano. La actual *lucha de clases* —herencia maldita del pasado— tendrá que ser superada por

(1) «El 90 % de las mujeres estériles tienen por maridos hombres que en una época de su vida han padecido blenorragia» (Dr. Noeggerat). «De cada mil ciegos, ochocientos lo son de nacimiento y su ceguera es debida a la blenorragia» (Dr. Renon).

una fase histórica más civilizada, esto es, más cargada de experiencia y de pensamiento. ¿Cómo? Sólo por una sincera e inteligente *colaboración de sexos*. El sexo y el amor también tienen su ley, y la humanidad nueva ya vislumbra dónde está el más alto sentido de la vida. Su logro será la mayor gloria de nuestro siglo.

Los imperativos biológicos fundamentales son: TRABAJO y AMOR. Bien está que se preste toda la atención debida a la formación del hombre como ser *productor*; pero no se olvide nadie que, además de este aspecto, tiene el de *reproductor*. Ahora bien; para el desempeño de la noble función reproductora se necesita una formación humana tan delicada y completa, que hoy sólo vislumbramos. No es posible hacer obra de *política sexual* sin que se dé previamente un *derecho sexual*, y éste no existe cuando no hay una *moral sexual* (la vieja moral era la negación del sexo). La nueva moral sexual será un producto natural de una *pedagogía sexual* basada en las verdades de la biología. Si queremos mejorar el *sistema social*, tendrá que ser formando al nuevo reproductor humano, consciente y capacitado para su misión como tal, del mismo modo que el progreso del *sistema económico* del mundo se logrará con la preparación técnica del muchacho como futuro productor. Tendremos una visión parcial, fragmentaria y miope del problema humano si desplazamos de su campo de estudio la «herencia biológica» y desatendemos la profunda huella que ésta marca en toda vida, preocupados tan sólo con la acción formadora del medio económico y social. Y en este sentido es en el que la eugénica tiene un puesto importante en el juego de fuerzas propulsoras del progreso humano (1).

Quiero terminar este trabajo haciendo mención de un movimiento coadyuvante al triunfo de los ideales eugénicos, que actúa ya vigorosamente en los países nórdicos y anglosajones de Europa: me refiero a las *escuelas de librecultura*, que practican el desnudo integral y en comunidad, no sólo para beneficiarse desde el punto de vista físico, sino también —y esto es lo más importante de su cometido— para curarse de los rancios prejuicios en que la sociedad burguesa vive sepultada. La norma educadora de estas escuelas es la sinceridad. Rechazan el pudor, terrible atavismo nacido en las prehistóricas «posadas de la sangre», y que hoy es un tapujo más entre los innumerables tapujos del viejo régimen capitalista. Desnudez de alma y de cuerpo. Naturalidad y sinceridad. Verdad y valor para decirla y sostenerla. Y salud como radiación eufórica de la *vita plena*. En este ambiente se forjará un nuevo ideal humano y el arte encontrará también un módulo más preciso y más profundo.

Luis Huerta

(1) Una raza sana es la mayor riqueza que puede tener un país. La superioridad de la raza depende en gran parte de sus cualidades hereditarias, las cuales varían según las naciones. La herencia y la selección son los grandes factores que rigen la vida del mundo. El influjo ambiental, incapaz de crear cualidades nuevas, se limita a modificar las ya existentes. Tanto el individuo como los grupos humanos (familias, naciones) viven sometidos a estrictas leyes físicas. Por eso una de las tareas primordiales de cada nación consiste en el estudio cuidadoso de las leyes biológicas para ajustar las condiciones sociales a dichas leyes, ya que, cuando se las quebranta, se camina a la degeneración. (Prof. Lundborg, Director del Instituto Sueco de Biología de la Raza.)

Presente y futuro del Sindicalismo

I

SIN pretensiones de profeta, que suelen resultar fallidas en la mayoría de los casos, estamos en el deber de afirmar que ya no tiene remedio la quiebra definitiva del sistema capitalista. Mírese por el lado que se quiera; examínese con la atención y minuciosidad más exigente; lo mismo da; lo cierto, como resultado del examen, será que el capitalismo ha llegado al término natural de la misión histórica que hasta ahora se le había atribuido.

Pero reconocer la existencia de un mal y comprobarla, aunque en una y en otra cosa se ponga el mayor empeño, no quiere decir que estemos ya al cabo del camino; quiere decir, y es lo más interesante a recoger, que si el mal existe y este mal pone en peligro la existencia de la sociedad, hay que ponerle remedio antes que sus consecuencias nos arrastren a la catástrofe definitiva. Y a esto vamos. Y vamos también a demostrar cuál es el presente y el futuro del Sindicalismo en relación a cuanto vemos y presenciamos.

Pasaron ya aquellos tiempos en los que, ser sindicalista, partidario de la teoría sindical era, sencillamente, limitar la visión de las cosas al estrecho cuadro de las reivindicaciones económicas. Y esto pasó porque no respondía a una realidad. Era, más bien que otra cosa, el balbuceo de algo que se quería decir; pero que no se podía decir porque no se estaba seguro de lo que se quería. Se dudaba como se duda en todos los principios.

Y pasó también porque la fisonomía del mundo ha cambiado; porque las orientaciones ideológicas han cambiado; porque el eje sobre el cual se apoya la economía de los pueblos, de la que depende la política que éstos siguen, ha cambiado también..

Y como todo cambio en la estructura social, tanto en la política como en la económica, determina lógicamente un cambio en las ideas, de aquí la necesidad de estudiar la influencia que estos cambios puedan tener en las transformaciones sociales y económicas que se realizan. Y después de estudiar estos cambios interesa estudiar la relación que con ellos tenga el Sindicalismo.

Esta era ayer la base sobre la que asentaban sus aspiraciones económicas los trabajadores en general. Pero a medida que las condiciones económicas y las políticas modifican las condiciones y la fisonomía de la sociedad, el Sindicalismo, como todas las teorías por las cuales los trabajadores manifiestan sus aspiraciones futuras, han de modificarse también. La influencia es mutua y, por lo mismo, recíproca.

II

Las ideas democráticas, que un día atrajeron a los trabajadores, plantearon con preferencia los aspectos políticos del problema, y no los sociales.

Poniendo en juego la imaginación en lo que ella tiene de más ilusionista, se proclamaron un día los derechos del hombre y la igualdad ante la ley. Y se hizo la proclamación después de una revolución en la que los individuos lo sacrificaron todo en nombre de la justicia y de la libertad.

Pero duró muy poco la ilusión acariciada en los primeros momentos. Pronto los intereses de los menos reclamaron su imperio sobre los intereses de los más. La historia volvía a repetirse. Y el desengaño aleccionó lo bastante para que en el seno de los burlados se produjese un cambio visible de orientación.

Pero el proceso de esta evolución fué lento. Y si bien siguió un curso ascendente que los hechos de cada día confirman con elocuencia sobradísima, no es menos cierto que el malestar de las clases trabajadoras, agravado por la injusticia social y la mala distribución de la riqueza, hace que la lentitud inicial del movimiento adquiera un ritmo de aceleración que hoy marcha casi a razón de kilómetros por minuto.

¿Qué causas abonan esta aceleración del movimiento? La tradición que regula las posiciones sociales. Según éstas, el pobre ha de ser pobre toda la vida. Hay en su misma existencia «algo» que lo condena inexorablemente a esa condición. Poco importa que las ideas de amor al prójimo y de igualdad social tengan ya siglos de existencia; teóricamente se acepta esta igualdad; pero prácticamente se reputa de todo punto impracticable.

Y este concepto bárbaro de la máxima riqueza en unos y de la extrema miseria en otros, predomina como fundamento ineluctable en las normas de la convivencia social. ¿Pruebas de ello? Basta ojear el panorama que la sociedad ofrece.

No profundicemos, sin embargo, demasiado. No hace falta. Haciéndolo sólo a flor de los acontecimientos que se nos ofrecen por todas partes, tenemos materia sobran te para razonar.

¿Qué ha sido la guerra pasada? Un crimen de lesa humanidad. Pero un crimen determinado por leyes económicas. El ideal, caballeresco unas veces, religioso otras, que animó las guerras en el pasado, estaba ausente en absoluto en la que la generación actual ha presenciado.

Alemania, nación densamente poblada y con una industria exuberante y excesiva para sus mercados nacionales, necesitaba nuevos mercados donde colocar el producto de sus manufacturas. Por eso busca alianzas, hace tratados, concierta pactos. Todo esto parece diplomacia, y en el fondo lo es; pero es una diplomacia diferente a la diplomacia tradicional y legendaria. La de hoy, como la de ayer, es una diplomacia de plumeros, de casacas doradas, de trajes vistosos, de innúmeros galones; pero tras esta chatarra dorada, tras tanto plumaje vistoso y relumbrante, asoma su faz burlona y sarcástica Sylok, el cheque de Banco, la cuenta corriente, el «Debe y el Haber», el tanto por ciento, las pérdidas y ganancias, el libro mayor de *Entradas y Salidas*,

en cuyo vientre se gestan los crímenes monstruosos que al mundo asombran por su inhumana crueldad.

Pero Alemania no es sola en esta ambición. Frente a ella están Francia, Inglaterra, Italia, Estados Unidos, etc., etc. Está, en una palabra, otro grupo de capitalistas, de nacionalidad diferente, de país distinto, de lenguaje, leyes y costumbres dispares; pero hay un lenguaje que les es común: Lucro. Y como todos ambicionan lo mismo y quieren dominar para enriquecerse, el choque es inevitable.

¿Quién habló de guerra de derecho? ¡Qué inmensa mentira! Para convencerse de si lo era o no basta tener en cuenta lo ocurrido después, lo que sucede hoy, ahora, en este instante, en la actualidad y en el mundo entero.

¿Cuál ha sido el resultado? La guerra de hoy puede mostrarlo. Esta guerra dura, cruenta, despiadada, salvaje, cruel. Guerra en la que los intereses económicos privan sobre todos los demás intereses en general. En momentos, mucho más sangriento que la pasada, pues las víctimas caen a millares silenciosa, pero ininterrumpidamente.

Reconozcamos, sin embargo, que la burguesía ha hecho cuanto ha podido por evitar la catástrofe. Por un lado, racionalización del trabajo; organización científica de la producción; estudios técnicos sobre todos los problemas sociales con el propósito de hallarles solución. Pero nada ha conseguido. Su quiebra, la de la burguesía, como clase dominante, y la del capitalismo, como instrumento al servicio de esta burguesía, es fatal, inaplazable, definitiva.

Pero la cuestión no es tan sencilla como a primera vista parece. Si no, veamos. De un lado, la burguesía, queriendo superar esas dificultades, buscando con ahinco, con afán, con insistencia digna de más alto empeño, una renovación en sus procedimientos industriales y mercantiles que equilibre la balanza social, asegurando a las masas trabajadoras un término medio decoroso de vida, un mínimo de existencia, el pan necesario para cada día. Del otro lado, la clase trabajadora que no quiere ni puede soportar ya más la condición económica que la burguesía le reserva, que, consciente de sus derechos y segura de la razón de su empeño, exige a diario una renovación total, una transformación social que haga más equitativa y más justa la distribución de la riqueza producida. Y de este antagonismo de principios surge, como hecho inevitable, esa guerra sorda que presenciamos a diario.

Para mantenerla, la burguesía tiene la tradición, la costumbre, la moral, el dinero, las riendas del Poder, el ejército, la policía, las cárceles. Tiene sus organizaciones económicas, verdaderas obras maestras algunas de ellas. Para oprimir al trabajador, para esclavizarlo y someterlo, cuenta la burguesía con esos y otros muchos aliados.

La clase trabajadora, por su parte, no tiene otro instrumento de defensa que el Sindicato, la organización por ella y para ella creada. En torno a él, a su sombra, se agrupan los trabajadores, concentran la fuerza inmensa, pero dispersa hasta hoy, de las explotadas multitudes. El fenómeno es digno de la atención más elevada. Lo que fué un balbuceo, una insinuación, una interrogación incontestada, es hoy, por virtud de la incapacidad capitalista, de la inexorabilidad de las leyes que nos rigen, palabra clara, intención concreta, contestación categórica. Ya no se pide justicia ni pan en nombre de principios de caridad o conmiseración hacia el prójimo, sino que se pide fundán-

dolo en principios de justicia. Las palabras podrán ser las mismas; hasta las sílabas, si se quiere; pero el sentido, la entonación son muy otras. Son inconfundibles.

Colocadas, pues, frente a frente la fuerza y tendencias representativas de la burguesía y la fuerza y tendencias representativas de la clase trabajadora en virtud de los determinismos económicos que engendran a su vez los determinismos sociales y políticos; convencida, por otra parte, la clase trabajadora que, para ella no hay salvación si no la encuentra en sí misma; y convencida, además, que la guerra social alcanzará proporciones más amplias cada vez, el presente del Sindicalismo, su existencia como elemento preponderante en la lucha que los trabajadores han de sostener para mejorar su condición económica, política y social, está asegurada, completa, total y fundamentalmente asegurada.

El presente, pues, le pertenece, porque la condición que las clases capitalistas reservan a las clases trabajadoras, obligan a éstas a defenderse y a procurarse las armas necesarias, los instrumentos indispensables a su existencia, no ya como clase solamente, sino como seres humanos inclusive.

Dividida la sociedad en dos clases antagónicas en virtud de la organización social y económica establecida, es natural que cada una luche por destruir a su rival, y, como consecuencia de la necesidad que esta lucha le impone, se procure el instrumento que la haga doblemente eficaz. Y para la clase trabajadora, este instrumento no puede ser otro que su organización sindical, con las matizaciones y facetas que pueda adoptar por razones de forzoso orden circunstancial.

III

Hasta ahora hemos hablado sólo del presente del Sindicalismo. ¿Y el futuro? ¿Cuál será el futuro que se le ofrece?

Varias y múltiples son las tendencias que se disputan hoy la hegemonía de la dirección espiritual de la clase trabajadora. Socialistas, comunistas, anarquistas. Todos éstos, dentro del concepto genérico que a la escuela socialista pertenece. También aspiran a lo mismo las democracias burguesas de nuestro tiempo, sin que olvidemos, como es natural, los rebrotes teológicos y eclesiásticos que, al amparo de un Socialismo cristiano, arrancado del «amaos los unos a los otros» con que el cristianismo captó para él el dominio de las conciencias en la mayor parte del mundo, también aspira a lo mismo. De todas partes y por todos los conceptos es envidiada la dirección espiritual de los trabajadores.

Les ofrecen las democracias una legislación social futura que mejore sensiblemente la condición del asalariado en todos los aspectos de la vida. Reconocen que lo actual es injusto; pero lo reputan inalterable en su base. Únicamente ofrecen ventajas que suavicen la ficción; que hagan menos dura la injusticia. Todo esto a cambio que las clases trabajadoras se muestren juiciosas y respetuosas con los intereses creados y acepten, como ley inexorable, de la sociedad, su condición de clase inferior.

Va más allá el Socialismo. Pretende éste una estructuración política que, mediante la estatificación de la economía, se llegue a la destrucción de las

actuales condiciones sociales en una síntesis general representada por el Estado y la técnica y el músculo al servicio exclusivo de la sociedad.

Es la estructuración del Estado ejerciendo funciones absolutas de regulador de la vida social. Dispone de los instrumentos de producción y de cambio y de lo producido, y él regula, administra y ordena cómo se han de utilizar esos instrumentos y cómo ha de distribuirse la producción. Es, sencillamente, una superación del Estado actual con tendencias, más bien con bases, eminentemente colectivas.

Viene después la nueva concepción comunista. ¿Qué representa? La superestructuración del Estado. La última, podemos afirmarlo así, evolución a que puede llegar. Más allá no hay ya posibilidad ninguna para él. Ha llegado a su límite normal, a su tope. No hay más.

A continuación, como reacción saludable, viene el anarquismo. Concreción, simplificación: negación del Estado. Organización libertaria. Constitución de Municipios libres, de Agrupaciones naturales de productores para el bien común. Esta reacción clara y precisa frente a sus hermanas las escuelas marxista y neomarxista que ponen al Estado, no más allá, sino por encima de la sociedad.

Pero unas y otras tienden a estructurar el orden político en primer lugar, colocando el económico, en segundo. Actuando como organismo homogéneos, con programas determinados y fijos, tienden a practicarlos por encima de toda otra consideración.

La práctica, sin embargo, ha demostrado lo deleznable de tales aspiraciones.

A cada revolución política pasada ha seguido una reacción en favor del partido, secta o grupo triunfante. Y éste, dueño de la situación y de todos los elementos coactivos que ésta proporciona, ha impuesto su voluntad, su programa, sus aspiraciones particulares.

La realidad es que el pueblo, la clase trabajadora más especialmente, ha contribuido en proporción considerable en todas las revoluciones, y después, esta misma realidad le ha enseñado cómo se le hacía víctima de las ideas de los otros. Es decir, que las revoluciones hechas por el pueblo y con su concurso han aprovechado a todos menos al pueblo que las ha hecho.

Pero alguna vez había de cambiar el panorama que las revoluciones ofrecen hasta hoy. Desengañados y contritos sólo piensan ya los trabajadores en hacer *su revolución*, la revolución de los que trabajan contra los holgazanes impenitentes. La futura será la revolución del trabajo contra las fuerzas que le impiden desenvolverse libremente.

¿Son instrumento adecuado para intentar esta revolución los partidos políticos o las escuelas sociales que se desarrollan en torno a las actividades ideológicas que interesan a las clases trabajadoras? No. Siguiendo la huella que los acontecimientos dejan, vemos claramente que la revolución que se avecina y en el período que la siga, son las fuerzas del trabajo las que obrarán; hay que hacer la revolución económica antes que todo, puesto que ella dará hecha la política y la social.

El Sindicalismo será quien mejor asegure el triunfo de esta revolución. Apoderándose de las tierras, de las fábricas, de los talleres, de todos los instrumentos de la producción, estará en condiciones de estructurar una nueva

economía, y una nueva economía determinará a su vez, nuevas formas de convivencia social. Y como los partidos políticos han fracasado ya, y el movimiento futuro ha de ser un movimiento donde la intervención de los trabajadores sea definitiva, ningún medio mejor para ello que el Sindicato.

Al Sindicalismo, pues, pertenece el presente y el futuro. Y le pertenece, más que por ninguna otra cosa, porque representa el más formidable movimiento de masas ascendiendo hacia formas sociales más justas y más humanas que las presentes.

Angel Pestaña

La ofensiva contra los salarios

Los obreros metalúrgicos de Gante han aceptado una disminución de salario a razón de 2'5 por ciento el 15 de enero y el 2'5 por ciento el 15 de abril.

Los patronos metalúrgicos poloneses pretenden rebajar el 25 por ciento de los salarios, pero hasta ahora se resisten a aceptarlo los Sindicatos obreros.

En Suecia se resisten los obreros a que se les disminuya el salario en un 8 por ciento, como pretenden los patronos, y por esta causa está a punto de estallar un conflicto.

Los ferrocarriles de los Estados Unidos han rebajado el 10 por ciento a todos sus obreros.

Y hasta Henry Ford, que quería matar el Socialismo por medio de los salarios altos, se ha visto obligado a reducir los salarios mínimos de sus obreros de 7 a 5 dólares por día.



El paro mundial alcanza aproximadamente a 30 millones de obreros

He aquí la Estadística que da la O. I. T. :

PAISES	MESES	Número de parados		Porcentaje de aumento
		En 1930	En 1931	
Alemania	Diciembre... ..	3.977.000	5.349.000	34
Austria	Idem	294.845	329.595	12
Inglaterra	Idem	2.299.592	2.572.602	12
Bélgica	Octubre	92.126	207.378	118
Dinamarca	Noviembre.	44.202	67.257	52
Holanda... ..	Idem	54.915	105.671	92
Suiza... ..	Septiembre	33.903	58.186	41
Checoslovaquia. ...	Octubre	61.213	88.600	45
Australia.	3 trimestres	90.379	120.694	34
Canadá	Septiembre	19.422	35.048	80
Hungría... ..	Noviembre.	24.308	31.076	28
Suecia	Octubre	45.501	65.469	44
Estonia	Idem	3.282	5.425	65
Finlandia	Idem	10.279	14.824	44
Francia... ..	Noviembre.	18.595	123.891	566
Irlanda	Idem	25.622	26.353	3
Italia... ..	Idem	556.481	909.234	63
Japón... ..	Agosto... ..	386.394	418.596	8
Letonia... ..	Octubre	6.058	13.605	125
Noruega... ..	Diciembre... ..	27.157	34.789	28
Nueva Zelanda... ..	Noviembre.	17.556	49.935	184
Polonia... ..	Idem	209.912	259.626	24
Rumania... ..	Octubre	36.147	48.800	20
Yugoeslavia.	Idem	6.609	10.070	52

Además, se puede calcular que, en la actualidad, los Estados Unidos tienen alrededor de once millones de parados forzosos; Alemania pasa ya de los seis millones; Inglaterra, de los tres millones; Francia, del millón; Italia, también del millón; el Japón, de los 500.000, y España, también del medio millón de obreros sin trabajo.

Con arreglo a estas cifras, podríamos decir que en los Estados Unidos está en huelga forzosa el 16 % de su población industrial y comercial; en Alemania, el 17 %; en Inglaterra, el 9 %; en Francia, el 6 %, y en Italia, el 7 %.

Ante la extensión del desastre, la Comisión de Paro de la Oficina Internacional del Trabajo, reconoce que la solución de esta crisis no puede depender más que de medidas económicas, financieras y políticas que están por encima de la competencia de la Organización Internacional del Trabajo.

La cultura y los hechos económicos

NADIE duda de que desde la guerra europea la cultura occidental está en crisis. Cultura preparada e impuesta por la burguesía para sí misma, a la medida de sus intereses, claro está que habría de flaquear en cuanto las bases teóricas que sustentaran a la clase burguesa desaparecieran. Y teóricamente el capitalismo burgués ha desaparecido. Ha perdido su dialéctica. Prácticamente se sostiene, pero cualquier incidencia adversa, cualquier simple alteración de ritmo nos pone de relieve toda su inconsistencia, toda su debilidad. La crisis económica, que a todas partes lleva su poder desmoralizador, ha puesto en trance de muerte el organismo de la cultura burguesa tan viejo y viciado. Del derrumbamiento sólo se salvará la ciencia industrial y las ciencias naturales en general.

La primera consecuencia de la crisis con la limitación de los presupuestos de enseñanza ha sido la aminoración del privilegio de la cultura oficial universitaria. Supresión de consignaciones para trabajos de investigación, para publicaciones oficiales, centros de conferencias y de expansión cultural. Muchos países europeos están en este caso y también los Estados Unidos, aunque aquí la cultura burguesa dé un tipo de moral materialista distinto y sea una cultura racionalizada con fines comerciales e industriales.

Dentro de los sectores oficiales esa es la primera consecuencia visible de la crisis. En Alemania ha trascendido también a lo artístico y ha determinado el cierre de la Opera, de Berlín, y de otros espectáculos de lujo, subvencionados por el Estado o por los Municipios. En Inglaterra se han dado casos análogos. En cuanto al aspecto general de la cuestión, la primera consecuencia de la crisis ha sido de orden moral. Ha llegado el momento de que la burguesía comience a dudar de las afirmaciones básicas sobre las cuales había edificado su concepción de la vida. Podrá pavimentar con losetas de oro las calles sin haber resuelto problemas económicos y morales fundamentales. No hay que añadir hasta qué extremo estos fenómenos desmoralizan a la clase burguesa y le hacen perder la fe en su propia cultura.

De estos dos casos, en España sólo se da el segundo. Los presupuestos oficiales aumentan en lo que a la cultura se refiere. Esto obedece al sarampión democrático de la República, pero durará muy poco y, desde luego, es incapaz de crear la cultura democráticoburguesa, a la que aspira, porque si ésta no hubiera fracasado ya en países más adelantados que el nuestro, la crisis económica y la marcha acelerada de la revolución lo impedirían. Además, en España está compensado este hecho con la formidable crisis editorial que se padece y que determinó la quiebra de un consorcio para propaganda contrarrevolucionaria: la C. I. A. P. Unida a esta quiebra ha ido la suerte

de pequeñas industrias libreras y el desconcierto de un sector intelectual que se había acogido a su tutela.

En este aspecto —pensamiento y arte—, la cultura española está ya decidida hacia la nueva sensibilidad revolucionaria. Los primates del decadentismo del año 98, y con ellos su primer representante, Miguel de Unamuno, no interesan. Sus libros no se leen. Los de la generación intermedia entre el 98 y nosotros se han acogido a la política para buscar en ella satisfacciones intelectual-burguesas que no les podían dar sus obras. El artista joven espera la revolución a la que se entrega en cuerpo y alma para hacer su labor sobre perspectivas nuevas. El caso de España en este respecto es, con ligeras variantes, el de todo el mundo civilizado, a excepción de Francia. Generalizando a base de nuestro país se puede exponer aproximadamente la cuestión en su totalidad.

La cultura es, genéricamente, *la cultura burguesa*, que en España, más que en otros sitios, aparece infestada de superstición religiosa. En todos sus aspectos *la cultura* ha estado lejos del pueblo, primero porque el feudalismo aristócrata y burgués la alejó temiendo que a la larga se convirtiera en un arma revolucionaria y, después, porque, instintivamente, el pueblo ha rechazado las formas políticas de dicha cultura: religión, democracia, arte intelectualista. Cuando se dice que el pueblo español es demasiado inculto se dice una verdad, pero pocos se dan cuenta de que es un hecho favorable y propicio para el desarrollo de una cultura auténtica. Es mucho mejor que no sepa nada si ha de aprender a resignarse con la religión, a dejarse engañar con la democracia y a torcer su sana sensibilidad con el intelectualismo burgués. Por fortuna, sin duda, el pueblo español es inculto.

Frente a esa incultura, la crisis de la cultura burguesa viene a ser un fenómeno saludable que, naturalmente, acogemos con júbilo. Cuando vemos los teatros vacíos, las bibliotecas desiertas, las casas editoriales en quiebra, los museos abandonados, percibimos una realidad sana, vital, llena de esperanzas y de promesas. La crisis de la cultura burguesa, que estaba latente en España desde después de la guerra, se ha manifestado ya francamente con la crisis económica iniciada durante la Dictadura y precipitada con la avalancha democrática de la República. La crisis económica que tantas alteraciones ha producido en el plano social burgués lo primero que ha destruido ha sido la «moral intelectual burguesa». Hasta hace algunos años «hacerse una personalidad intelectual» a base de cultura universitaria, con eco propicio en revistas y periódicos era una aspiración noble. Esa personalidad traía consigo estimación social, bienestar económico, respeto de todos. Representaban esas aspiraciones algunos profesores de la Institución Libre de Enseñanza, del Centro de Estudios Históricos, de las Universidades de Madrid, Salamanca, Sevilla, Barcelona. Ortega y Gasset, Marañón, Jiménez Asúa, Américo Castro. Universitarios que habían desplazado a los autodidactos de la generación posterior al 98 y que merecían aplauso y respeto por la tendencia a la sistematización y al método, a la racionalización literaria. Los jóvenes iban con ellos, sentíanse atraídos por la aureola de liberalismo de que la Dictadura de Primo de Rivera les investía. Ninguno de ellos militaba en política. Todos ofrecían, en cambio, la impresión tonificante de la inteligencia libre, de la idea desinteresada, exceptuando a Ortega y Gasset, que padeció siempre el

infeccioso mal del frac. Había ese engañoso equilibrio de los períodos cesaristas, y los jóvenes más sanos les seguían porque en un ambiente de opresión la inteligencia es el ventanal abierto al infinito. Bien es verdad que la inteligencia entonces jugaba al desinterés y al liberalismo con bastante fortuna.

La crisis económica, acentuada con la alarma de la cúspide capitalista ante la República, suscitó cuestiones vitalísimas que la Dictadura mantenía ocultas. El pueblo, el proletariado, la auténtica masa espiritual española salió a la superficie, se incorporó al primer plano de la vida del país. Con ella llegaron sugerencias nuevas, y su ímpetu redujo al segundo término a las minorías intelectuales, cuya aureola liberal y desinteresada palideció. La aparición de la masa en momentos de pasión política señaló dos campos con caracteres netos. El capitalismo y el proletariado. Lo burgués y lo revolucionario. Claro está que había de olvidarse de los privilegios y de las aureolas intelectuales. Detrás de esos movimientos y delante están los fenómenos económicos. En esa nueva división del panorama español la minoría universitaria tuvo que decir las palabras reveladoras. Las palabras sinceras que durante la mentira y la ficción cesarista nadie decía. Ha aparecido, en esa «necesidad de definirse», la misión histórica de la cultura y de la inteligencia puras: el vasallaje ante la burguesía. «Al servicio de la República» quiere decir, una vez más, «al compás del presupuesto del Estado burgués». Perdían su contacto con la juventud sana, pero sabían que de todas formas, a la hora de la máxima sinceridad, de ninguna manera hubieran podido conservarlo. Intentarlo con un esfuerzo intelectual superior a sus medios era arriesgarlo todo. Incorporarse a la República burguesa en un plano político, olvidando los privilegios del desinterés y la pureza intelectuales, era ir a un éxito económico y a una serie de nuevos privilegios indiscutibles. Perdían muy poco. El único que cree que pierde algo yendo a la política es Unamuno, y ya se ve que se ha retirado a tiempo.

Estas defecciones han decepcionado a los jóvenes que vienen con el bagaje nuevo. Han planteado, además, la cuestión en sus verdaderos términos. Nadie quiere «ser un Maramón, un Jiménez Asúa, un Américo Castro» y mucho menos «un Ortega y Gasset», porque saben que no es una finalidad concreta en el porvenir que ya apunta. La inteligencia pura es un término burgués con el que se encubre el servilismo de las inteligencias a un régimen caduco y a unos intereses languidecientes. Ser un señor que escribe libros, un profesor, un periodista «ilustre», un «maestro de periodistas» es ir a apuntalar un edificio ruinoso, cuyo derrumbamiento esperamos y deseamos todos, porque no ha contenido jamás ideas auténticas, ideas que nazcan de hechos y de realidades y que se subordinen a éstas sobre una moral y un sentido intelectual materialistas. Las «ideas puras» ya sabemos que son escorzos individuales de individuos decadentes, siempre al servicio de la tradición. El hecho puro es lo que hoy domina en cada conciencia joven. La crisis económica ha lanzado un puñado de realidades contra las gafas del profesor y le ha obligado a escoger entre las blancas o las rojas. El hecho puro que ya decidió esa misma cuestión polarizando el mundo desde hace años en dos direcciones materialistas —ahí sí que hay pureza en la materia—: los Estados Unidos y Rusia. La realidad, el hecho, la materia, se rebelan contra el intelectualismo y el espiritualismo burgués, base falsa de la cultura univer-

sitaria actual y, en general, de toda la civilización de Occidente. Partiendo del espíritu y de la inteligencia todas las verdades son sofisticadas y todos los conceptos, falsos; así ha sucedido con esas cosas fundamentales que se llaman «justicia», «libertad», «virtud humana». Así con el arte y «lo artístico». Por cierto que en esto es en lo único que la burguesía ha tolerado, aunque con cierta escama, la realidad social nueva, dejando que aflore lo subconsciente, lo intuitivo y dándole el valor primordial que tiene. El proletariado y el pueblo son en España lo subconsciente y lo intuitivo y están destruyendo el viejo sentido de la cultura y de lo cultural y culto. El campo y la fábrica acabarán de triunfar y educarán a los universitarios y a los profesores, a los ateneos y a los periódicos. Es absurdo querer ir contra esa corriente enviando teatritos decadentes a las aldeas que saben hacer teatro como el de Castilblanco. Contra la vacilante, tímida y envilecida cultura del espiritualismo burgués, los hechos nuevos ganan cada día una batalla. Los hechos puros y duros como rocas, desde los cuales se puede afrontar cualquier infinito más espiritual que el valle de Josafat, más científico que el complejo freudiano y más inmortal que la inmortalidad de la Iglesia Católica.

Ramón J. Sender



La situación en Francia

L'Usine, revista de los patronos metalúrgicos franceses, declara que el paro se acentúa sobre un ritmo rápido. Según las perspectivas, la cifra de obreros parados se acentuará en breve plazo. Ya se anuncia el cierre de muchas fábricas en diferentes ramas de la industria. La actividad general de la industria francesa ha disminuido en una proporción de 30 % a 35 %. Se indica que la cifra de venta de un gran bazar parisién ha disminuido en 16 millones de francos proporcionalmente a la misma quincena del año anterior. Las ventas de objetos fabricados ha disminuido en 800 millones de francos.

¡Momento decisivo!

EN un Manifiesto dirigido a los pueblos francés y alemán, la Confederación General del Trabajo Sindicalista Revolucionaria de Francia y la Federación de los Trabajadores libres de Alemania, acaban de denunciar la gravedad del peligro que amenaza al mundo.

Después, los acontecimientos se han precipitado. Ha retumbado el cañón en Shangai, los aviones japoneses han bombardeado Chapei y los batallones nipones avanzan hacia Kharbine, al mismo tiempo que los buques de guerra americanos, ingleses y franceses fuerzan la máquina para llegar a las aguas chinas. Y bajo tales auspicios delibera la impotente Sociedad de Naciones, preparándose en Siéges la Conferencia Internacional del Desarme, presidida por Arthur Henderson, ex ministro de Jorge V.

La guerra que acaba de explotar en China es la conclusión normal, fatal, de la situación nacida de la Gran Guerra de 1914-1918 y de sus consecuencias.

Esta guerra no es más que el preludio de una conflagración más extensa en el Extremo Oriente, ahora al pronto, y enseguida en el mundo entero, poniendo en lucha a los imperialismos de todo el mundo por la conquista de los mercados.

La guerra es el argumento decisivo que pone fin a las batallas industriales, a las luchas aduaneras, a los embrollos diplomáticos.

El mundo está una vez más a la vuelta de un período decisivo de su Historia.

O la especie humana termina de una vez para siempre con las fuerzas que la oprimen, o se hunde definitivamente a medio exterminar en la esclavitud y la barbarie de una civilización mecánica. Pues, hay que remarcarlo bien, la crisis actual no tiene nada de común con las crisis del pasado.

No se trata en este momento ni de una crisis económica cuyos fenómenos nos son conocidos y cuya reabsorción es una cuestión de tiempo y de medios apropiados, ni de una crisis financiera y monetaria que se pueda resolver por los medios ordinarios, ni de una crisis general, teniendo este doble carácter de aspecto cíclico, cuyo fin es determinable.

El Universo entero está en presencia de una *crisis de organización capitalista*, de una crisis que plantea por doquier la cuestión de existencia o desaparición del sistema social actual, de la *crisis de las crisis*. De su resultado, imposible de prever en este momento, depende la vida o la muerte del capitalismo, el fin de un estado de la evolución humana o el principio de una Era nueva. Tal es la crisis que tenemos ante la vista y tales las consecuencias.

Dicho esto me parece pueril analizar cada uno de los aspectos de esta crisis sobre el ángulo político, económico y financiero. Este estudio, este análisis sólo podría conducirme a una única conclusión: la que indicaba anteriormente.

Una civilización bárbara, abominable, está a punto de perecer bajo el peso de sus propias faltas acumuladas, de sus ignominias milenarias; otra civilización, en cambio, hasta ahora yugulada, quiere nacer y debe nacer. Este es todo el problema. ¡Qué importa que los tratados de fuerza que pusieron fin a la guerra sean inejecutables! ¡Qué importa que las deudas de guerra, cualquiera que sea su naturaleza, hayan hecho imposible toda actividad industrial! ¡Qué importa que el paro forzoso, consecuencia de la racionalización, haya reducido a la miseria a decenas de millones de hombres! ¡Qué importa que la guerra aduanera haya forzado a cada país a volverse sobre sí mismo! ¡Qué importa todo eso si tal situación no puede ser modificada dentro del cuadro social actual! ¿Para qué, pues, en tales condiciones, perder el tiempo en buscar los remedios inaplicables que harán tanto efecto como una cantárida en una pierna de palo? ¿Para qué proceder a efectuar análisis complicados y severos? ¿Por qué perder nuestro tiempo en demostrar con cifras y estadísticas comparadas la extensión, la profundidad del mal, cuando cualquiera puede comprobar sobre sí mismo la existencia de la explotación? Basta de tareas inútiles.

Si debemos investigar, si debemos formar estadísticas habrá de ser con miras al cambio completo del régimen, únicamente para preparar los rodajes de la nueva organización que en cada país habrá de hacerse cargo del orden capitalista. Esta es la verdadera tarea que se impone.

Pensar que el capitalismo puede corregirse, evolucionar en la paz, desarmarse, encontrar nuevos caminos que conduzcan a la concordia entre los individuos y las naciones es cometer un grosero error.

El capitalismo va hacia la guerra, hacia la destrucción y la ruína. Nada se lo impedirá. Y no es que quisiera obrar de otra forma, pero no puede, a pesar suyo. Su destino ha de terminar así.

A nosotros nos toca acelerar el término, a nosotros nos toca ver la manera de que no nos arrastre en su desaparición; nosotros debemos saber aprovechar las circunstancias para desembarazarnos de él para siempre. Sólo hay un medio: dedicar todas nuestras fuerzas a ahogarlo en su momento más crítico.

Es necesario que cuando llegue el momento en que ponga en práctica su medio supremo de salvación: la guerra, se le vuelva contra él mismo; que en todo el mundo, y, *preventivamente*, los pueblos declaren la guerra a sus opresores y los aniquilen. Y muerto el perro, muerta la rabia. Todos sus esfuerzos deben tender hacia eso.

Quizá para todo ello no falten más que algunos meses, quizás sólo semanas los separan del gran drama para preparar seriamente sus fuerzas para la lucha decisiva.

Que puedan las víctimas comprenderlo y que no pierdan un instante de este tiempo precioso.

Pierre Besnard

París, febrero 1932.

La moral en relación con la crisis económica

Qué quiere decir un hombre cuando habla de una vida nueva? Todo el que se propone vivir una vida nueva piensa orientarse de manera distinta en el tiempo y en el espacio, dirigir su acción hacia otros fines más reales o más espirituales para el futuro, dominar su habitual tendencia, causa eficiente de su fracaso; en una palabra: corregirse, vencerse y, sobre todo, hacerse dueño de su propio destino. Porque todo aquel que llega a circunstancias coactivas y se ve forzado por ellas a concentrarse en sí mismo, la primera consideración que se le ofrece, es que es un naufrago a merced de las olas del mar agitado de la vida. Y en semejantes momentos, cuando acontece que habla el alma al yo material, cuando la conciencia se hiperestesia, todo hombre tiene temperamento de lucha, aun cuando después le falte la constancia del luchador, y sucumba de nuevo, total o parcialmente, por sucesivo e imprevisto fracaso. El momento cumbre de todo hombre es aquel, sin duda, en que quiere apoderarse de su fin, esculpir él mismo con invencible voluntariedad su único destino. Entonces se aprecia por los sentidos del alma y del cuerpo la saludable necesidad de emprender distinta trayectoria; entonces se habla y se piensa sobre una vida nueva.

Este pródromo doloroso, de un porvenir de mayor certeza, porque el individuo, mandando, será dueño de las circunstancias, no falta nunca a ningún hombre y menos a ningún pueblo. Un pueblo es sólo una voluntad, la cual representará el valor de una suma si se gobierna como una democracia o, en caso contrario, el logaritmo de una tiranía. Pero un pueblo es también una expresión personal. Tiene de igual manera sus fallas, puede carecer, asimismo, de temperamento. La misma fuerza del error dirigida en sentido sucesivo lleva a hombres y a pueblos al fracaso; son, pues, las mismas circunstancias e idéntica razón las que obligan a pensar a hombres y a pueblos en una vida nueva. No por otra causa los pueblos quieren también apoderarse de su destino, y señalar ellos mismos sus caminos en la Historia.

¿Qué puede ser una vida nueva?

No se parte de un punto azaroso, sino de un punto de conocimiento, de convicción, cuando se forja el propósito de novar la vida; así, sabemos con precisión y nos proponemos vivir una vida contraria a la ya vivida y fracasada. Los factores materiales impulsando la Moral obligaron la conducta, individual o colectiva, no importa cuál, porque allí donde con frecuencia fracasa el individuo fracasa de la misma manera el ambiente en que éste se estructuró. La responsabilidad del fracaso individual es siempre colectiva. Así aparecen los factores materiales como primeros culpables y después la Moral. Pero ello es sólo a primera vista, si no se tiene en cuenta que los factores materiales

son de la Naturaleza y ésta es impasible; es la Moral, la cual debe su formación al interés, al egoísmo de unos pocos; el egoísmo nunca es de masas; entre masa y clase privilegiada existe siempre la diferencia de la extensión. Es la conducta individual o colectiva inspirada en una moral particular la que lleva a hombres y a pueblos al fracaso terrible; reglada por esa moral, sólo culpable, sucumben la personalidad y la ciudadanía; una vida nueva no puede ser otra cosa que un cambio radical de nuestra conducta y, para esto, precisamos, de manera ineludible, cambiar en lo sucesivo de moral.

Hemos dicho que los factores materiales pertenecen a la Naturaleza y ésta es impasible. En efecto, jamás se interrumpe ni se tuerce, por nada, ni por nadie, la marcha natural, nada siente la Naturaleza ni respeta otro poder que el de su curso natural.

La Humanidad marcha alternativamente del colectivismo al individualismo, retorna de uno a otro, mientras en el infinito se va encendiendo una luz todavía con claridad de nebulosa, *la anarquía*, idea al presente absurda, aunque se presientan ya sus posibilidades. Entre la ida y el regreso surge siempre una revolución fatalmente rectificadora, luego el ORDEN, y para consolidar éste, se cuenta siempre con la ayuda positiva de la Tradición y la MORAL. Es que el egoísmo tiende, en todo momento, a formar una clase privilegiada, la cual se va apoderando, poco a poco, de los elementos materiales de riqueza y, cuando lo consigue, la fuerza natural tiene que destruir su obra, por errónea, aunque aquélla quiera justificarla con títulos tradicionales, morales y hasta de origen divino.

Tiene, pues, un gran sentido hablar y proponerse una vida nueva; lo que se quiere decir con eso es que se van a destruir el orden, la tradición y la moral consuetudinarios, todos como factores propicios al egoísmo de una clase destacada de la Humanidad. Todo pueblo que hace una revolución se propone, y ello es legítimo, vivir una vida nueva.

* * *

Es conveniente diferenciar la crisis económica actual nuestra, de aquellas otras más generales, que, por desorganización de una producción potente, se producen de manera fatal y periódica dentro del régimen burgués. Una crisis económica será siempre un fenómeno demasiado complejo, por lo calizado que esté, debido a las relaciones desconocidas o apreciadas de manera insuficiente, de los factores indirectos. Así, la crisis económica que sufre España podemos considerarla particularmente nuestra, a pesar de no ser ajena a la crisis económica mundial, sin duda, existente. Como accidente político, la caída de nuestra economía obedece a una gestión desdichadísima de los poderes que dirigieron al país durante el retorno monárquico, período demasiado largo, por los dislates cometidos, porque la burguesía española era y es para la ciencia crematística, bárbara e inculta. Representa, pues, el fracaso de la burguesía nuestra. El fracaso de la economía mundial constituye la derrota indubitable de todo el régimen capitalista. La lección más genérica tiene, entonces, la virtualidad de mostrar, al menos, como imprudente, pretender continuar la conducta de llegar a alcanzar la perfección capitalista, habiendo ya fracasado ésta totalmente en la universalidad. Nuestro estado económico rudimentario debe emprender, por razonamiento sencillo y sensato, otro

camino que el llegar a esa perfección capitalista, ahora desacreditada. Hemos encontrado la razón práctica de haber establecido tan útil diferenciación, aunque para algunos sólo sea de matiz.

Pero aquí, sin que hubiera llegado a la cumbre máxima el capitalismo, sin embargo, la clase conservadora puso en práctica la moral que necesitaba, pertinente para legitimar su dominio. Este es el punto cardinal que conviene mucho dilucidar en estos momentos: *si España puede considerarse satisfecha con sólo el cambio de su régimen político por una República más o menos democrática, pero burguesa, al fin, no proletaria.*

La crisis económica que padece España sólo interesa al proletariado de ella en cuanto le perjudica, pero la acepta como un resultado natural de la incultura del capitalismo, que debe precipitar la muerte de éste como sistema imperante, favoreciendo la implantación del Estado Socialista.

La afirmación anterior, llevada a la práctica, significa un total rompimiento con la vieja moral burguesa. Los obreros se oirán llamar ahora, con mucha frecuencia, malos patriotas. Ahora, lo mismo que hace unos meses, vuelve a hipertestesarse el patriotismo, y por las mismas causas. Tenemos un ORDEN, pronto tendremos una TRADICION y seguimos con la misma MORAL antigua, la moral burguesa, que no puede ser distinta, por mucho que se remoce. Los obreros son incapaces de remediar la actual crisis económica, porque ella es consecuencia del principio de la incapacidad capitalista, y ellos son dirigidos. Para conseguir un estado de apogeo nuevamente es preciso que ellos vuelvan al estado de esclavitud y en esto consistirá su patriotismo. A ese precio deben sostener la República burguesa, sólo a ese precio serán patriotas. ¡Pero si es inevitable la crisis económica, cada vez más aguda, con la moral burguesa, con el sistema burgués, naturalmente, lo patriótico será aplicar la moral socialista con el principio de la socialización de los medios de producción y riqueza!

Si España se encontraba al borde de un abismo el 13 de abril y lo salvó con fortuna, no debe volverse ahora de espaldas a la dirección emprendida entonces.

Un cambio de régimen, si no es un cambio de vida totalmente distinta, esto es, si no transforma la esencia moral y jurídica, nada representa de utilidad que merezca defenderse por patriotismo. Un talento pedimos para los gobernantes del nuevo régimen: que acierten a socializar la República. Pues sólo con ese mérito podrán invocar, con provecho, la ayuda imprescindible del proletariado. Pero será contraproducente, sin duda, que se dejen obsesionar como los viejos gerifaltes de la Monarquía, por los tópicos clásicos, la conservación del orden, de la tradición y, sobre todo, de la vieja moral. Una revolución exige a los dirigentes que marchen delante para que las masas no se desborden.

En España la crisis económica sólo puede curarse con factores pedidos a una nueva Moral, capaces de producir, por su propia virtud, un nuevo Derecho. La causa de nuestros males es principalmente política.

* * *

La incapacidad organizadora del capitalismo y los falsos postulados de una moral que tiende, sólo por egoísmo de clase, a desviar el curso natural

de las realidades materiales y morales, nos han traído al actual estado de crisis económica muy aguda, desesperada para la burguesía, mas no tan grave para el proletariado, acostumbrado a sufrir y a renovar cada día, con la persecución que padece en la lucha cotidiana, su noble y legítimo afán de emancipación. La mentalidad capitalista va advirtiéndose ya, en sus penumbras mentales, dónde se halla la luz. Hoy constituye una obsesión para la clase dirigente de todas las naciones la cuestión del desarme. La sinceridad de todas las elucubraciones, a este propósito, están únicamente inspiradas por el miedo a la posible negativa del proletariado de participar en una guerra futura. Con la hipocresía y el engaño, virtudes fundamentales de la moral capitalista, la Humanidad no podría librarse jamás de catástrofes como la del 1914; se admite la necesidad del desarme, pero todavía no se admite la inmoralidad imperialista de la guerra; la guerra sigue siendo un fenómeno previsible para las naciones civilizadas, pero si el proletariado se niega a coadyuvar en ella, ¿dónde estará el fundamento de la moral y de la necesidad de la guerra, sino en la ambición insaciable del capitalismo? Y los estados de crisis agobiadora, en la economía mundial muy lógicos, teniendo por única causa el egoísmo ambicioso capitalista, ¿será justo que por patriotismo los sufra y deba resolverlos sólo con su sacrificio el proletariado?

España ha cambiado su régimen político en un momento de gran oportunidad histórica; el capitalismo es en ella un régimen rudimentario todavía, sin el desarrollo que logró alcanzar en otros países; aquí sólo es fuerte la moral capitalista, la cual justifica y legitima con tópicos, ya muy conocidos, todas las concupiscencias de los detractores de la riqueza; la ruta a seguir está en que el proletariado piense seriamente que si colaboró el 14 de abril al cambio de régimen fué para emprender una vida nueva, o sea destruir la moral capitalista y sustituirla con la moral marxista; ha llegado, pues, para el proletariado español, la hora de rectificar la conducta, sin temor ninguno a la crisis económica, que no aumenta más ni menos su sufrimiento consuetudinario, y de la cual los obreros no son responsables; hay que unirse para triunfar, convirtiendo la actual República burguesa, la cual, con seguridad, seguirá ahora las normas del capitalismo, ya fracasadas en todo el mundo, en una República socialista, con el nuevo derecho que puede darle una Moral nueva también. La actual crisis económica no ha de asustar, pues, al proletariado: es un fenómeno lógico, dentro de la incapacidad organizadora del capitalismo, que violentó en su provecho momentáneo el caz por donde han de discurrir la Justicia y la Historia, y ahora sufre las consecuencias de su error, viéndose en trance de muerte, del cual el proletariado no ha de sacarle, sino sólo imponer la salvación de todos, normando de manera distinta las conductas para el futuro, y estando prevenido fuertemente contra la hipocresía y el engaño de los que siempre fueron sus más encarnizados enemigos. En tanto que la democracia no represente otra tendencia, sino que las *notabilidades pequeño-burguesas* concilien lo irreconciliable, ni siquiera deben adormecerse las ansias afanosas proletarias.

La moral capitalista ha producido la actual crisis económica; la moral marxista debe ser desde ahora la VIDA NUEVA.

Joaquín Noguera López

Aspectos internacionales de la cuestión agraria

EL problema de incorporar las masas campesinas al frente revolucionario formado por el proletariado industrial en su lucha contra el régimen de explotación capitalista, exige cada vez más imperiosamente una solución adecuada a los intereses de la revolución social. Los acontecimientos revolucionarios que se produjeron en Europa durante y después de la guerra mundial han demostrado claramente la extraordinaria importancia del elemento campesino para la lucha de clases revolucionaria y la realización del Socialismo. Las experiencias de 1917, en Rusia; 1918, en Alemania y Austria, y 1918-19, en Hungría, donde el atraso, la desorientación y desorganización de las masas laboriosas del campo han constituido un obstáculo insuperable a soluciones socialistas o han determinado en gran parte el fracaso de la revolución, son una advertencia expresiva en este sentido. En la propia Rusia soviética estamos viendo, a pesar del triunfo del hecho anecdótico revolucionario y la consolidación relativa del régimen dictatorial a través de los años, un fracaso esencial del Socialismo, que no se debe únicamente al cesarismo estéril de los dictadores bolcheviques, sino también, y de un modo muy principal, al atraso de los elementos campesinos y a las falsas consignas de lucha, propagadas tradicionalmente entre los mismos. De ahí el que sea necesario romper decididamente con la negligencia y el abandono que ha venido observando hasta aquí el movimiento obrero revolucionario con relación a la cuestión agraria y a la organización de las masas campesinas. Los partidos de las Internacionales II y III, es decir, las camarillas políticas obreristas que menos garantías ofrecen para una representación sincera y eficaz de los intereses del proletariado de la tierra y que más bien son una traba a toda solución verdaderamente socialista del problema agrario, han tratado de llenar por su parte este vacío, confeccionándose sendos programas agrarios de un oportunismo demagógico. Con mayor motivo, el movimiento internacional anarcosindicalista, que no adolece de ambiciones de partido ni deseos de explotación política de ningún sector proletario, debe asumir la labor de captar y orientar socialmente a las masas campesinas, a fin de formar con ellas y el proletariado industrial un gran frente revolucionario que abra una calle amplia a la realización del Socialismo libre e integral, para lo cual es condición indispensable la simultaneidad revolucionaria y constructiva de la ciudad y el campo.

Complejidad de diferenciación del elemento campesino

Si en el terreno industrial la formación de un frente proletario de clase se realiza casi automáticamente en virtud de las circunstancias mismas de la producción capitalista, que ha eliminado al artesanado independiente de la época precapitalista, dividiendo a los elementos que intervienen en la producción en técnicos y obreros asalariados, por un lado, y en propietarios capitalistas, por el otro, tal diferenciación clasista es mucho menos concreta en el dominio agrario. La razón de esta situación reside principalmente en las condiciones semif feudales de la propiedad agraria y sus métodos de producción, que, en vez de crear un tipo único de asalariado análogo al obrero industrial, ha mantenido, además, otras clases aparentemente menos explotadas, de que son exponentes el pequeño labrador y el colono arrendatario. Otro de los motivos que han venido a complicar esta diferenciación clasista es el resultado de las reformas agrarias realizadas en varios países de Europa en los primeros años de la postguerra por temor a posibles sacudidas revolucionarias. Las salpicaduras subversivas de las revoluciones rusa y centroeuropeas determinaron dichas reformas en catorce países de Europa (países escandinavos, bálticos y balcánicos, y Polonia, Austria, Checoslovaquia y Hungría) y han sido acicate para la iniciación de las mismas en otras naciones europeas y en Japón, India e Indonesia y algunos países de América. Estas reformas, consistentes en la parcelación de latifundios y grandes propiedades a favor de campesinos y labradores pobres, no han aliviado apenas la situación precaria de los trabajadores del campo, alcanzados por los «beneficios» de esa «caridad» estatal, pero sí han contribuido a dificultar subjetivamente la diferenciación de clase del elemento campesino. No han aliviado su situación por toda una serie de razones, entre las que descuellan la insuficiencia del terreno de las parcelas (con frecuencia menos de dos hectáreas, y rara vez de una extensión superior) y el hecho de que los nuevos «labradores» han tenido que empeñarse para la adquisición de simiente, ganado de tiro y aperos de labranza, carga que arrastran consigo constantemente, de manera que si antes eran esclavos del labrador rico y el gran terrateniente, hoy lo son del capitalismo financiero y comercial, que les da crédito a tipo usurario y les vende a buen precio los productos industriales, y al cual tienen que ceder a cualquier precio —la necesidad acucia— sus propios productos. Las llamadas reformas agrarias han dificultado la lucha de clases en el campo por haber despertado el instinto propietario de gran número de campesinos, sin emanciparlos efectivamente ni siquiera de un modo relativo, cambiando sólo la forma, pero no aminorando la intensidad de su explotación, aunque sí convirtiéndoles en todo caso en feroces individualistas, incapaces de tener un espíritu social y una verdadera conciencia de clase.

En idéntica situación se encuentran los pequeños labradores de todos los países, agobiados por impuestos, contribuciones, escasez de tierra y dependencia del capital financiero, y los colonos arrendatarios, abrumados por la renta en especie o en dinero, que frecuentemente asciende hasta el 50 % de la cosecha y que es tanto mayor cuanto más violento es el contraste entre el

crecimiento de las fuerzas de producción y la estabilidad de las formas de propiedad privada.

El frente de los explotados en el dominio agrario se halla, pues, dividido artificialmente, por lo menos, en tres clases: pequeños labradores, arrendatarios y jornaleros, cuya situación material y social es igualmente mísera y no acusa más diferencia que la que puede existir entre obreros profesionales y peones dentro de la industria. Pero la mentalidad propietarista de labradores y colonos hace que éstos, no obstante sus apuros materiales y su nivel de vida, esencialmente proletarios, se crean superiores a los simples jornaleros, prejuicio que les impide hacer causa común con ellos y es el mayor obstáculo para la formación de un frente campesino de clase capaz de una acción defensiva y ofensiva contra los grandes terratenientes, el capitalismo financiero y el fisco.

El desvanecimiento de todos estos prejuicios nocivos mediante una labor de aclaración lógica, documentada e intensa entre los elementos explotados del campo (labradores, colonos y jornaleros) es una tarea primordial del Sindicalismo, a fin de capacitar al proletariado campesino para su defensa y emancipación, extirpando preocupaciones pequeñoburguesas y denunciando el mito engañoso de las pretendidas reformas agrarias, que no son más que una maniobra del Estado y el capitalismo para impedir que el espíritu revolucionario sature a las masas campesinas.

Intervención del capitalismo en el dominio agrario y proletarización de la población campesina

La importantísima labor de captar a las grandes masas campesinas para la lucha revolucionaria por el Socialismo libertario, no puede ser llevada a cabo con un bagaje retórico de frases trilladas y latiguillos de mitin sin relación directa y pericial con los intereses y problemas vitales del campo. La propaganda sindicalista en los medios campesinos debe procurarse una base sólida y prometedora de eficacia en el conocimiento profundo y medular de la cuestión agraria. Esto exige un buen pertrechamiento estadístico e informativo respecto a todos los factores agrarios y una apreciación acertada de las tendencias de su desarrollo. Entre estos factores sobresalen principalmente la estructura de la propiedad agraria, las condiciones de producción, la intervención del capitalismo y su influencia sobre la diferenciación de la población campesina.

Sería tarea demasiado ardua (hoy acaso imposible por falta de datos e investigaciones suficientes) determinar concretamente el alcance de tales factores en escala internacional. Pero lo que sí permiten apreciar los materiales hoy disponibles es la existencia de tres grupos típicos de países que coinciden en cierto modo en las líneas generales de su problema agrario. Estos son: 1.º Países de estructura agraria semifeudal y primitiva en las condiciones de producción, pero dependientes del capitalismo financiero en sus relaciones con el mercado y el crédito. 2.º Países coloniales y semicoloniales cuya población campesina se halla bajo la doble explotación que le imponen las condiciones primitivas y el dominio del capitalismo imperialista. 3.º Países industriales cuyo capitalismo maduro ha comenzado a intervenir en la agricultura,

instando a que se emprenda su mecanización y racionalización. Al primer grupo pertenecen los países escandinavos, bálticos y balcánicos, Polonia, Austria, Hungría, Italia y España y Portugal, en Europa; Japón, en Asia; Argentina, México y otros países sur y centroamericanos. Al segundo grupo pertenecen la India, Indonesia, China, Corea, Egipto, Argelia, Marruecos, Colombia, Nicaragua, Panamá, Cuba, Puerto Rico y Filipinas. En el tercer grupo figuran los Estados Unidos, Canadá, Francia, Alemania, Inglaterra y Australia.

La característica común a los tres grupos es la intervención cada vez más creciente del capitalismo, en sus distintas formas, en el dominio agrario. Esta circunstancia entraña una importancia extraordinaria para el enjuiciamiento de la cuestión agraria desde un punto de vista socialista, ya que tiende a simplificar las condiciones económicasociales de la vida en el campo y a dar un más claro relieve a los factores explotadores y explotados de la misma. La intervención ascendente del capitalismo en la producción agraria implica inevitablemente una intensificación de la explotación del trabajo campesino independiente (pequeño labrador, colono) o asalariado (jornalero) y una tendencia a modificar las formas primitivas de producción para ponerlas de acuerdo con el desarrollo de las fuerzas productivas y las ambiciones utilitaristas de la burguesía. Claro es que este proceso de saturación capitalista no puede verificarse con tanta rapidez como se ha realizado en el dominio industrial ni probablemente adoptará (al menos no lo ha hecho hasta el presente) idénticas formas. La agricultura es un dominio que, por el carácter extensivo de su elemento principal, la tierra, no se presta fácilmente a la concentración de la producción. Incluso marxistas tan significados como Otto Bauer y Fritz Baade, especialistas socialdemócratas en cuestiones agrarias, no han tenido más remedio que reconocer esto. Pero si por diversas circunstancias (distancia, gastos de transporte y otros imperativos de la producción agrícola) fracasan las concentraciones paquidérmicas de la tierra a base de explotación capitalista, no prospera tampoco el tipo productor del pequeño labrador o colono, que, tanto por la limitación del terreno que cultiva como por su penuria económica no puede aplicar los modernos adelantos agrícolas en materia de abonos eficaces, simientes selectas y maquinaria. Y así se va afirmando y desarrollando un tipo de explotación agrícola de *middle farm* o «labranza grande», cuyo terreno oscila entre cincuenta y doscientas hectáreas, mientras que las unidades de propiedad, mayores y menores, se van reduciendo o arrastran una vida económica precaria o muy poco rentable. Esta tendencia en la evolución de la propiedad agraria es lenta, pero se realiza de un modo general en los países de gran desarrollo capitalista que hemos clasificado en la tercera categoría. El desenvolvimiento técnico y capitalista la favorece y acentúa. También en los países coloniales y semicoloniales y en los de estructura agraria semifeudal se efectúa, aunque más lentamente todavía, una evolución semejante bajo la influencia del capital financiero y comercial, pese a la afirmación de Marx de que «tanto el capital usurero (Wucherkapital; el capital financiero es una forma legal de la usura) como el comercial explotan una forma de producción, pero no la crean» (1). Es objetiva-

(1) *Das Kapital*, III, pág. 149.

mente indudable que el desarrollo extraordinario adquirido por el crédito capitalista, más o menos usurario, y por las compañías mercantiles de compra-venta de productos agrícolas (*pools*) demuestra la dependencia creciente de la agricultura del capital financiero y comercial, cuya influencia no se limita a una simple explotación ajena a las formas de producción, sino que impone una modificación de éstas y de la estructura de la propiedad. A este respecto es interesante el siguiente pasaje de un trabajo de S. Dubrovski, director del Instituto Agrario Internacional de Moscú, el cual, a pesar de ser un marxista ortodoxo, incurre sin querer en una herejía, difiriendo fundamentalmente de Marx en su apreciación del papel del capitalismo financiero:

«En todos los países, sin excepción, vemos hoy a la agricultura llena de deudas enormes y crecientes. En lo que concierne a los Estados Unidos de América durante los últimos años, pueden aducirse ejemplos de esta situación que se ha convertido en una de las premisas de la liquidación de las pequeñas haciendas (*farms*), a consecuencia de la cual el labrador propietario pasa a ser arrendatario y el *farmer* pierde poco a poco sus tierras. Este proceso se realiza en todas partes en mayor o menor grado, según los países.

»De este modo el crédito, bajo el signo del capital financiero, se manifiesta no sólo como medio de conquista de la agricultura, sino también como medio de expropiación de los labradores por el capital financiero. El labrador pierde sus tierras.» (1).

Y conste que capital financiero en este mismo sentido y con idénticas consecuencias es el facilitado por los Sindicatos agrarios y Cooperativas de crédito. Estas instituciones «beneméritas» son, llegado el momento, tan implacables como cualquier usurero.

Así, pues, la influencia del capital financiero determina una reagrupación de la propiedad y un cambio relativo en las formas de producción susceptible de arrancar a la tierra una productividad que satisfaga, además de las necesidades del cultivador, los intereses devengados por el crédito o la cuantía a pagar por el arrendamiento. El labrador se ve obligado a producir una cantidad mayor de mercancías, es decir, debe llevar al mercado una parte mayor de su cosecha, bien aumentando esta última o limitando el consumo propio, a fin de procurarse los medios financieros para hacer frente a sus compromisos. Este proceso conduce visiblemente a un empeoramiento de la situación de pequeños labradores y arrendatarios, muchos de los cuales van a engrosar las filas de los jornaleros o emigran a las ciudades, donde se proletarian.

En los países en que la agricultura se halla en un estadio de mecanización y sufre una intervención más amplia del capitalismo moderno, nos encontramos con una diferenciación de clase algo más marcada en la población campesina. Aquí puede ya hablarse de una industrialización de la agricultura incluso con aspectos racionalizadores, de tal modo que si hasta hace pocos años la emigración de los trabajadores del campo a las ciudades parecía amenazar el equilibrio económico de los pueblos, hoy la aplicación creciente de la técnica es causa de paro forzoso no sólo en la industria, sino también en la agricultura. Según una estadística oficial, en junio de 1930, es decir, en la

(1) *Agrarprobleme*, I Band., pág. 17.

estación del año en que, por las faenas de la recolección, el trabajo en el campo alcanza su mayor intensidad, había en Alemania 70.000 jornaleros agrícolas parados, a pesar de emplearse en la agricultura 300.000 campesinos extranjeros menos que antes de la guerra. Y a primeros de mayo de 1931 dicha cifra se había elevado a 257.083. Esto se explica si se tiene en cuenta que de 1907 a 1925 el número de aradoras de vapor o motor ha aumentado en 8.000, el de sembradoras en 300.000, el de segadoras en 700.000 y el de trilladoras en 300.000. Esta mecanización se prosigue y determina la eliminación de brazos de la producción agrícola y la proletarianización de pequeños labradores y arrendatarios carentes de tierra y de capital suficientes para explotar las ventajas de la técnica y la abundancia de abonos eficientes.

Todas estas circunstancias en el desarrollo de la agricultura deben ser seguidas muy atentamente por el movimiento sindicalista campesino, a fin de adaptar a ellas sus consignas en materia de reivindicaciones inmediatas, ampliar el frente anticapitalista y antiexplotador y seleccionar y convencer a los elementos explotados del campo para una labor revolucionaria y socialista, demostrándoles la explotación de que son víctimas en el régimen presente.

V. Orobón Fernández

El capital extranjero en América Latina

A continuación publicamos una estadística del capital extranjero invertido en las Repúblicas americanas:

	Capital yanqui	Capital inglés
	(en millones de dólares)	
Argentina	750	2.200
Bolivia	123	43
Brasil	557	1.400
Colombia	300	42
Costa Rica	32	26
Cuba	1.066	200
Chile	700	331
Ecuador	25	20
Méjico	1.400	937
Uruguay	81	200
Venezuela	247	124

De acuerdo con la estadística de William Mangler.

Esto sólo basta para explicar la razón del dominio internacional y de la influencia política y social de unos pueblos sobre otros.



Fundamentaciones de la crisis actual del Arte

I

Incompatibilidad ambiente

A CASO a primera vista aparezcan las consideraciones en que desenvuelvo el presente estudio como de un carácter demasiado general y de un interés poco inmediato a la materia esencial de su contenido, pero a poco que recapacitemos sobre la equívoca situación actual del problema del Arte, nos encontraremos ante la necesidad de apelar al concurso de más y más lejanas consideraciones, si es que queremos obtener alguna certeza sobre nuestra situación y posibilidades actuales con respecto al Arte, con cuyo objeto intento una serie de estudios desde diferentes puntos de vista, dada la gran complejidad de la materia que abordamos.

En el de hoy me limitaré a dar, con la mayor síntesis posible, una idea sobre la incompatibilidad vital del actual medioambiente con el concepto más genuino del Arte, aprovechando, al mismo tiempo, de esta circunstancia para dirigir nuestra atención hacia aquellos elementos primordiales que deben siempre fundamentar a éste, si no quiere ser inconsecuente a su más legítima esencia.

Al revisar el sentido de ordenación en que hoy encontramos valorizados los diversos elementos constitutivos de la gran complejidad cósmica, la nota más característica que apreciamos es asumida por un sentido eminentemente egoísta que ha predominado en esta jerarquización, en razón directa con la medida en que estos diversos elementos concurren a fundamentar el interés individual.

Esta tendencia de la actividad humana ha ido determinando, a través de un largo proceso histórico, la actual ambientación social, donde encontramos al individuo asociado con el síntoma cada vez más definido de extremar su personalismo, de servirse de toda circunstancia externa como de una adecuación para justificar o fundamentar más y más empíricamente su menor sentido o formalismo subjetivos.

El equilibrio humano es el producto genuino de un cierto estado de ordenación racional de esta gran complejidad cósmica de elementos que integran el contenido objetivo de nuestra consciencia colectiva.

Por esta ordenación se van valorizando los diversos elementos en un sentido ordinal de *primero*, *segundo*, etc., de forma que cada elemento (eco-

nomía, sexo, ciencia, filosofía, arte) encuentra su propia intuición y razón de ser en la suma sintética del contenido de todos sus precedentes, y en modo alguno puede considerarse cada uno de ellos aisladamente, como un todo absoluto en sí mismo, sin ese sentido de dependencia orgánica que los relaciona y que constituye su propia ley vital.

De esta escala elemental podemos abstraer dos sentidos diferentes del concepto de valor, sin que este dualismo obedezca a una relación de categoría cuantitativa dentro de su total contenido, sino a un mismo dualismo de necesidades esencialmente ligado a nuestra propia sustancia vital.

El concepto de valor es absoluto y no admite ninguna gradación categórica, porque emanando de la significación profunda con que a nuestras diversas necesidades responden los diversos elementos, su contenido abarca toda posibilidad cuantitativa.

El primer sentido del valor estará determinado por nuestras necesidades materiales, y en consecuencia a esta *circunstancia* sólo consideraremos como *válidos* aquellos elementos de orden primario que a esta especie de necesidades respondan (economía, sexo), mientras que el segundo sentido sólo corresponderá a las *necesidades* superlativas del espíritu (ciencia, filosofía, arte).



Arte egipcio.—Ma, diosa de la verdad

Como bien vemos, en nuestro universo conceptual no aparecen por parte alguna los conceptos abstractos cuantitativos de *más* y *menos*, porque ha sido descartado todo sentido relativo del valor.

Cuando una necesidad material nos impulsa, sentimos todo el contenido *posible* del valor dentro de ese primer sentido que le hemos asignado, sin que por esto creamos que este primer sentido es *más* y aquel segundo es *menos*, porque evidentemente no pueden impulsarnos de una manera simultánea, una necesidad material y otra espiritual. Se trata simplemente de un equilibrio vital basado en un mecanismo de posibilidades en cuyo juego se complementan, con una constante intención de superación sintética, ambas necesidades con ambos sentidos del valor.

He creído conveniente el dedicar las primicias de nuestra atención a esta concepción del valor, porque es precisamente considerando esta cuestión como encontraremos la esencia de todo el actual desorden humano, cuyo enunciado causal se fundamenta en la falsedad que humanamente va vinculada a toda la actual valoración de los elementos universales. Quien hoy intente dilucidar cualquier problema latente, dé tal o cual naturaleza, dudo que lo consiga con satisfacción si previamente no ha llegado a ver claro en esta cuestión esencial del valor.

La humanidad, poseída por una secular neurastenia especulativa, ha ido paulatinamente perdiendo el sentido de aquellos lugares que en la jerarquiza-

ción ordinal de valores corresponde a los diferentes elementos del contenido universal, llenando este vacío con el mecánico juego cuantitativo del *más* y del *menos*, abstracción antivitral de lo que no es más que una propiedad relativa e inherente a aquel sentido de ordenación.

Una época histórica en cuya concepción ética se encuentra justificación lógica y legal para este sentido de especulación deshumanizada con los elementos vitales, y que, por lo tanto, considera el significado de todo el contenido universal como una circunstancia adecuada a colmar la más particular conveniencia, no puede asumir, en sentido alguno, el concepto ideal y humano de una ordenación de dichos elementos.

Esta sociedad ha perdido la ley íntima que regula y da el justo sentido a toda actividad humana, tanto material como espiritual, y por lo tanto, ha perdido la noción de toda idea de unidad, rompiendo su continuidad lógica a través del espacio.

El Arte tiene que reunir consustancialmente en su contenido —según el concepto de valor que establecimos anteriormente— la esencia de todos los elementos que en la escala elemental le preceden, viniendo a ser como la máxima síntesis, como el elemento más específicamente característico del hombre como ente espiritual.

En consecuencia a esto, mal podría el Arte convivir con un ambiente precisamente vacío de aquel equilibrio elemental en cuya sublimación esencia basa su más legítima y absoluta razón de ser.

En esta situación de vital desequilibrio y carencia de principios generales, el hombre se ha visto forzosamente situado frente a elementos de orden superior, y he aquí que el Arte, como ordinalmente superior a todo otro elemento, y, en consecuencia, de naturaleza absolutamente determinada, ha sufrido en cuanto a su interpretación, en medida a su grado superlativo.

Pero, afortunadamente, un gran núcleo de la humanidad de hoy, consciente de la anómala posición de la actual sociedad humana, dirige todas sus energías a la constitución de un nuevo sistema estructural, tomando como punto de partida la resolución de aquellos problemas que afectan a las más primarias necesidades humanas.

Nosotros mismos, al investigar sobre la significación y sustancia del Arte, nos vemos obligados a ir descendiendo a elementos más y más inferiores, por razón de la prelación determinativa de éstos con respecto a aquél, y al final de esta dirección retroactiva nos encontramos frente al elemento primero que denominamos *economía*.

Es evidente que en esta situación estamos ya demasiado distanciados de aquel elemento superior, del Arte, para poder conocerlo de forma inmediata,



Arte prehistórico. — Escena de caza

pero también, en cambio, es indudable que nos encontramos en el mejor camino para llegar a aprehenderlo en su más legítimo sentido.

Esta es nuestra situación de hoy. Hemos descendido hasta la economía, y ahora no tenemos más que investigar la significación y alcance de este elemento tan altamente determinante.

Por de pronto, dentro de nuestras actuales posibilidades, aunque algunos hechos históricos pueden darnos ideas muy sólidas acerca de la naturaleza del Arte, no podemos decir, sin peligro de caer en un juicio demasiado subjetivo, el sentido exacto que el Arte puede tomar dentro del nuevo sistema de ordenación elemental a que la humanidad consciente dirige hoy sus firmes pasos.

Como anteriormente hemos constatado, en la presente circunstancia, el Arte, como tal, no existe ni podría subsistir. Pero indudablemente, la fundamentación de la economía como elemento primero y general, aparte de dar soluciones de un interés mucho más inmediato y capital, nos dará definitivamente la del Arte, así como la de todos otros elementos perdidos o desorientados en la enrarecida neblina de este expirante ciclo histórico.

José Renau



China y Japón

(Dibujo de Hokonsai)

Médicos blancos y enfermos indígenas

El doctor Materi explica en *La Voix du Tunesien* los métodos de explotación del enfermo indígena. «En particular —dice— los médicos hacen comercio de las muestras médicas ofrecidas gratuitamente por las casas de especialidades farmacéuticas. En lugar de darlas a los enfermos necesitados prefieren cobrarlas al precio de venta marcado en la etiqueta. Previamente tienen el cuidado de quitar las envolturas con el fin de que los enfermos no sepan el contenido. He conocido enfermos que han pagado a su médico 35 francos por una ampolla de cacodilato de sosa que valía de 25 a 30 céntimos. La mayor parte de las veces el producto inyectado no tiene ninguna relación con la afección a que se destina.»

La crisis religiosa y la influencia económica en el catolicismo romano

TODAS las Iglesias atraviesan una crisis espiritual, insospechada por sus fieles, que sólo ven aquello que quieren los sacerdotes y pontífices, sus guías ciegos, guiadores de otros más ciegos, gracias a sus engaños y componendas.

El contenido espiritual cede su puesto a los negocios temporales y puede asegurarse que las Iglesias del mundo son más bien empresas financieras, de carácter económico, alejadas del espíritu primitivo y sencillez evangélica de sus fundadores; este fenómeno está exacerbado en las religiones de tipo cristiano y alcanza una proporción apocalíptica en la llamada Iglesia católico-romana.

Es muy difícil obtener estadísticas exactas sobre los bienes y tesoros de la Iglesia católica y el papado, en ningún país; y en España, esta dificultad es mayor por el régimen de favor en que el Estado sostuvo la Iglesia y el cuidado habido por sus hombres de conseguir la exención de tributos y el privilegio, sosteniendo sus obras y sus tesoros ocultos la mayor parte, conocidos a medias, algunos.

Una institución que posee la facultad, *aceptada por sus fieles*, de conseguir, por un puñado de monedas, la felicidad eterna, inacabable, y la posibilidad de llevar al dolor eterno, al fuego real e inextinguible, a los que no acepten sus mandatos y no contribuyan a su sostenimiento, tiene en sus manos la posibilidad de captar la voluntad de los vivos y de los moribundos, apoderándose de sus bienes materiales, que sólo cambian por bienes eternos e imperecederos, ganando con este truco enriquecedor de comunidades de frailes y de curias eclesiásticas.

Durante muchos siglos las leyes favorecían este timo piadoso y nadie dejaba este mundo sin disponer, a tenor de sus fortunas, el dinero necesario para pasar al otro, depositando en manos del confesor o del obispo la parte juzgada indispensable para conseguir el Paraíso a fuerza de misas, sufragios y fundaciones pías; los Estados consideraban como algo consustancial el sostenimiento del culto y clero a modo de policía espiritual, que, aliada y de acuerdo con la otra policía, prestaba servicios inapreciables, sobre todo en el régimen de tiranía y despotismo existente en el mundo durante muchos siglos, siendo la Iglesia soberana y señora de cuerpos y de almas.

Las riquezas obtenidas entonces son enormes, incalculables; pero cuando

logró apoderarse del mayor caudal, haciéndose dueña de la riqueza atesorada por los siglos y los hombres, fué en el año mil.

Para lograrlo, inventó la superchería de que se acabaría el mundo, y los fieles, que eran casi todos los habitantes del mundo *civilizado*, la creyeron, entregando para bien de sus almas, antes de desaparecer, a la Iglesia y a sus hombres, todos sus bienes y tesoros; *pasó el año y el día fijado para la desaparición del mundo*, y, cuando los pobres engañados reaccionaron, ya no era tiempo de recuperar lo donado, *convertido en cosa sagrada*, por haberse espiritualizado y santificado al pasar a manos de los sacerdotes y pontífices, monasterios y abadías...

Ese fué el gran fraude, el timo sensacional y único, presenciado por los siglos y hecho en nombre de Aquél que, mientras vivió, no tuvo ni una piedra donde reclinar su augusta cabeza, ni una moneda para saciar su hambre, ni bolsa donde guardar las monedas, que jamás tocaron sus purísimas manos.

La Iglesia fué en los primeros tiempos una fraternidad de fieles que vivían el régimen de un comunismo integral: Todo era de todos y a cada uno se le daba según sus necesidades; en los libros llamados sagrados, aceptados como tales por católicos y cristianos disidentes, ha quedado reseñada detalladamente este género de vida y también en las obras de los primitivos santos padres y escritores profanos de aquellas épocas lejanísimas; era un crimen atesorar, y los sacerdotes de todas categorías se consideraban como administradores fidelísimos de la Comunidad, tomando sólo lo indispensable para cubrir sus necesidades y viviendo parcamente, al igual que los demás fieles de la Comunidad; el régimen de privilegios de papas y obispos, sacerdotes y dignidades eclesiásticas, es contrario al espíritu apostólico, a la tradición de los tiempos primitivos y a la voluntad del fundador del cristianismo.

La Iglesia, que se dice heredera del espíritu de Cristo, está convertida en un instrumento para vivir bien y en una máquina para apoderarse, con engaños, del dinero ajeno, para utilizarlo en propio beneficio, no de todos sus servidores eclesiásticos, sino de la burocracia privilegiada, constituida por prelados, dignidades y algunos auxiliares de esta aristocracia despótica e insaciable.

Puede calcularse que una tercera parte del dinero del mundo está en manos de las Iglesias, que sus fundadores quisieron fuesen pobres y viviesen como ellos vivieron, de limosnas y donaciones, que debían servir para remediar las necesidades del mundo, después de cubrir las indispensables necesidades de sus sacerdotes, quienes debían dar ejemplo de austeridad y pobreza en todo tiempo y de todos modos.

No es posible en un artículo estudiar este tema, ni siquiera constriñéndolo a España, pero daremos algunos números para probar nuestro aserto de una manera terminante.

Elijamos el obispado de Madrid, que no es ni mucho menos el más rico de los obispados españoles.

Percibe el obispo de Madrid, cada año, sin contar otros ingresos desconocidos y seguros, que no pueden probarse debidamente, sólo por el acervo pío diocesano, que pasa de ocho millones y medio de pesetas, unos intereses legales de *cuatrocientas veinticinco mil pesetas*; y por rentas de capellanías, *más de cien mil pesetas*; sólo la llamada fundación Lemour tiene *para misas*

anuales sesenta mil pesetas, y existen otras treinta fundaciones piadosas, para misas anuales, que deben alcanzar una respetable cantidad desconocida, pero seguramente muy superior a esta fundación detallada.

La fundación piadosa Romaguera, valuada en once millones de pesetas, produce *doscientas treinta y cinco mil pesetas anuales*, que disfruta el obispado de Madrid y que administra directamente el obispo, y puede disfrutar, sin que nadie se oponga a ello. La cuenta, detallada por hombre tan versado en estas cosas eclesiásticas, Torrubiano Ripoll, es como sigue:

Presupuesto de culto y clero, 31.500 pesetas. Misas calculadas a cinco pesetas, aunque el obispo tiene siempre *misotes* de gran precio, 1.465. Derechos de vicaría, 1.000. Dispensas y amonestaciones, 15.000. Casamientos en oratorios particulares, 12.500. Colecturias, 3.000. Boletín eclesiástico, 5.000. Licencias ministeriales, 1.000. Licencias para baños, 1.000. Testimoniales de suficiencia, 2.000. Capillas ardientes en domicilio del difunto, 10.000. Trasladados de cadáveres y otras licencias funerarias, 25.000. Censura de libros, 550. Oratorios privados, 2.000. Por senador del reino, 6.000. Donativos habituales de la casa real y otras personas piadosas, 50.000. Colecturias de Cofradías, 5.000. Fábricas parroquiales, beneficios vacantes íntegros, curatos duplicados que regenta un solo párroco y otros firman las nóminas, y de las parroquias regidas por un encargado que ni siquiera es ecónomo y otros renglones por el estilo, 50.000. Por libre disposición de la memoria Lemour, 4.000. Total, 235.015 pesetas.

Gastos del obispado, secretaría, 30.000 pesetas. Delegación de capellánías, 5.000. Vicaría y provisorato, 20.000. Quedan, pues, como honorarios del obispo de Madrid-Alcalá, 180.015 pesetas, sin contar los otros ingresos conocidos de todos y los ingresos que nadie conoce, pero son reales y seguros...

Algo semejante, si no fuese ardua labor su lectura para los lectores de ORTO, podría hacerse con las demás diócesis españolas, y veríamos cómo Vitoria, Barcelona, Valencia, Zaragoza, Santiago, Sevilla, Toledo... son riquísimas; sus obispos disponen, sin tener que rendir cuentas a nadie, de cantidades semejantes y en algunas superiores a las apuntadas, muy por bajo de la realidad, para la diócesis de Madrid-Alcalá.

La Iglesia guarda tesoros inmensos en oro, plata, piedras preciosas, tapices, cuadros, edificios, palacios, fincas rústicas y urbanas... y apenas existe negocio lucrativo donde no tengan acciones sus hombres más significados; bien conocidos son los Bancos, Empresas, Compañías navieras, ferroviarias y agrícolas de que son accionistas o dueños las Ordenes religiosas, incluyendo, claro está, a los jesuitas, que no son los únicos en apoderarse de los grandes negocios seculares, aprovechándose del interés excesivo que producen... a pesar de tener voto de pobreza y prohibición *formal* en los cánones, que se saltan a la torera, de dedicarse a negocios temporales y comerciales.

Grandes fábricas y talleres, tiendas, cafés y bares, teatros y cines, pertenecen a Ordenes religiosas; no sabemos si también alguna casa de lenocinio está controlada por los señores del voto de pobreza, pero acaso no mentiríamos si lo asegurásemos; en América conocimos algún caso edificante que algún día reseñaremos ante los lectores incrédulos, confiados y sorprendidos...

Basta observar, en todos los pueblos y ciudades españolas, los edificios propiedad de la Iglesia y de los frailes para convencerse de la riqueza enorme

poseída por los discípulos de Cristo, con voto de pobreza y prohibición expresa en el Evangelio de poseer ni siquiera... bolsa para guardar dinero, porque no se puede servir a dos señores a la vez: *a Dios y las riquezas*.

La Iglesia católica se ha convertido en una gran Empresa mercantil y supera en organización y dominio del dinero a las más poderosas Empresas bancarias del mundo. Su jefe supremo, el Papa, es el hombre más rico de la tierra y el dueño de los palacios más fastuosos y grandes del globo; su fortuna, acrecentada todos los días con donaciones y regalos, ha sido acrecida hace pocos años; sólo por Mussolini, a costa de Italia, con *mil millones de libras en metálico* y otros donativos valiosos; a su nombre figuran y pueden disponer, si les place, de los incalculables bienes y tesoros desparramados por el mundo, pertenecientes *teóricamente* a Ordenes y Comunidades religiosas, que por su voto de pobreza dicen ser del Papa todo lo que poseen.

Los obispos y dignatarios eclesiásticos saben que el mejor modo de ascender y progresar es mandando grandes sumas de oro a Roma, que transige con todo mientras le paguen bien su silencio interesado.

El secreto es el medio empleado por la Iglesia para aumentar sus tesoros fingiéndose pobre; por eso se hace difícil obtener estadísticas seguras sobre sus bienes, cosa más difícil aún en los frailes, monjas y demás personas sujetas a voto y clausura; pero considero bastante lo expuesto para hacer comprender a los incautos su estado financiero, quedando probada esta verdad evidente. La Iglesia católicorromana dejó de ser la *Fraternidad comunista y pobrísima* creada por Jesús, el Cristo, convirtiéndose en el instrumento de engaño y explotación más vasto y complicado de la actual Humanidad.

Sólo los tontos y los vivos, que se aprovechan de las rasas de sus rapiñas, pueden seguir creyendo en ella como institución espiritual y generosa, como fuente de regeneración y ejemplo social.

Matías Usero Torrente

Abogado
y ex sacerdote católico

Una consecuencia típica de la crisis

Una importante casa francesa que empleaba más de 300 obreros, despachó hace poco a todos sus obreros. Hay que advertir que esta casa no había sido afectada por la crisis. Pero al reanudar sus tareas toma nuevos trabajadores —no los que fueron licenciados—, que con el fin de bajar aceptan salarios de hambre. He aquí un buen negocio para la Empresa.



Economía y Sanidad

Evolución individual y colectiva del médico

La ley de la *acción* y de la *reacción* es aplicable a todas las Ciencias Biología. A toda *acción* sobre un ser vivo, subsigue una *reacción* compensatorias. Sirve lo mismo en Medicina, que en Pedagogía, que en Sociología, de mayor intensidad y duración que la acción.

Por esta razón, al estudiar la influencia del ambiente sobre el individuo, no puede olvidarse que es más importante la acción reactiva contra el medio, que la acción modeladora del medio. Y esto es más cierto aún en el aspecto psicológico. El modo de reaccionar o de responder a las incitaciones del medio, es muy diversa según los individuos. Unos se dejan modelar fácilmente, tanto más fácilmente cuanto menor vida intelectual poseen, cuanto más desvaída es su personalidad. Otros, en cambio, reaccionan a las menores incitaciones, de acuerdo con la intensidad y amplitud de su vida mental. Así se explica la mansedumbre y docilidad con que muchos hombres se amoldan a condiciones de vida ignominiosas, y la rebeldía de otros, mimados por el medio o la fortuna.

Quiere decir esto, que las circunstancias sociales, como la actual crisis económica mundial, debe tener dos clases de resonancias: una directa de modelación de la arcilla humana, y otra, por contragolpe, de protesta de la conciencia humana, que es la que más nos interesa destacar.

Se habla de crisis mundial, y aunque ella es difícil de definir por su complejidad y por el proteiforme amasijo de causas productoras, podemos reducirla, esquemáticamente, a crisis económica, efecto de la pugna entre el interés social (o sea el general a todos los individuos) y el interés privado del propietario, del capitalista, del burgués y de la Institución que los sustenta, el Estado.

* * *

En mi profesión, se hacen notar dos corrientes evolutivas: una que lleva al individuo a adquirir preocupación y conciencia crecientes, de su deber para con la sociedad. Otra que lleva a las colectividades profesionales a una preocupación y a una capacitación crecientes para lograr la máxima eficacia social de la función profesional.

En todas las clases sociales, y como defensa contra la crisis económica, se ha desarrollado poderosamente el instinto de asociación, que aspira a bus-

car amparo, al interés individual, en el interés social. La crisis económica ha mostrado claramente la quiebra de valores e instituciones, tales como el derecho de propiedad, y el Estado, dispensador de todo.

Tanto la Tierra, como el Capital, como el Poder y como la acumulación de conocimientos humanos (Ciencia), tienen funciones que cumplir para con la sociedad entera, y por ello no pueden ser, en justicia, más que de propiedad colectiva o común. La posesión privada de cualquiera de estas riquezas de beneficio social, no puede ser mantenida, honradamente, más que a cambio de cumplir debidamente con su papel social.

Es decir, que la Medicina (conocimientos imprescindibles de beneficio individual) no puede ser detentada por profesionales, más que a condición de que no sean objeto de especulación mercantil, y a condición también de cumplir eficazmente su función social. El médico sale de la Facultad sin otras nociones de su deber que las de capacitación técnica y de moralidad interprofesional. La sociedad tolera al médico-mercader, glorifica al médico científico pero condena abiertamente al que pretende sacar del enfermo otra clase de deducciones que las crematísticas o las científicas. Esta acción modeladora del ambiente, es la que conforma a la mayoría, pero por reacción se produce cada vez más abundantemente el médico que obtiene de la enfermedad deducciones sociales y que se resiste al estéril papel de combatir efectos. Al verse en colisión con las condiciones económicas sociales, frente a la vivienda insana, frente a la escasez de recursos, frente a la necesidad de trabajar, frente a la ignorancia, y frente a la incultura corporal, se convierte en rebelde social por reacción psicológica.

Pero el supremo ordenador de las actividades sociales, el Estado, ha creado unos funcionarios especializados, y ha puesto en su mano el velar por las condiciones sanitarias de la sociedad. Y este cuerpo de Sanidad, que es una dependencia burocrática del Estado, prefiere meterse con los microbios, antes que con los propietarios o los capitalistas; porque considera realizable lo utópico (la extinción de una especie, no haciéndole el medio hostil, sino atacando a sus individuos) y utópico, lo realizable (el establecimiento de un orden social más justo).

El médico que sienta inquietud por conocer cuál es su deber para con la sociedad, a fin de servirla debidamente, echa de ver tres grandes lunares: 1.º, conspiración del silencio entre los profesionales, ante el gran número de enfermedades evitables; 2.º, menosprecio de la salud y tolerancia ante sus ultrajes, y 3.º, ocultación de conocimientos de utilidad elemental.

1.º Las tres cuartas partes de las enfermedades son evitables, pues son resultado de las condiciones sociales presentes: de la miseria y de la ignorancia.

2.º La salud está menospreciada por todos. La invocación de vuestra salud, no os sirve para que os den mejor alojamiento, ni para eximirnos de trabajos perjudiciales, ni para acrecer vuestros medios económicos. Y una sociedad que protesta airadamente ante el robo de un jamón, y que es capaz de linchar al que, acorralado por el hambre, se defiende a tiros, que compadece al burgués que se arruina y que considera sagrada la propiedad, ve impasible, y hasta complacidamente, cómo enferman de hambre, de ignorancia y de abandono, los miserables.

El menosprecio de la salud, nos lleva a dilapidarla cuotidianamente, con el buen ejemplo de los médicos, tan fumadores, tan borrachos y tan comilones o desaseados como los demás. La estimación de la salud sólo la han hecho, idealistas al margen y hasta en oposición a la Medicina, gentes consideradas como desequilibradas, los naturistas; y

3.º La ocultación de conocimientos permite que las enfermedades venéreas se propaguen ampliamente, que los defectivos y enfermos se reproduzcan multiplicándose, y que las familias se carguen de hijos igual que cualquier especie animal.

* * *

Las asociaciones profesionales, que empezaron por ser defensoras del interés egoísta del individuo, han venido implorando servilmente del Estado (adulando a la política de turno) la consecución de las aspiraciones de la clase. Persiguen situaciones de privilegio a la sombra del Estado, y aunque todavía exaltan la Sanidad para medrar a su sombra, empiezan a surgir asociaciones que desbordan el interés exclusivo de clase, para fundirlo con el interés social.

No obstante, las asociaciones médicas, como las de las otras profesiones intelectuales, aparecen notablemente rezagadas en el grado de integración evolutiva, si se las compara con las asociaciones obreras. Muestran éstas una más clara visión del porvenir, mayor grado de capacitación para ordenar por sí mismas su función sin la tutela política y un más depurado instinto de sociabilidad. Como causa de este atraso de las colectividades intelectuales merece citarse: el agobio económico acuciador de la sociabilidad, contrastando con la perversión afectiva de la acumulación de dinero, y con el conformismo de las clases medias.

Las clases intelectuales es posible que no lleguen a convencerse de lo estéril del mariposeo alrededor de la política, ni de que funciones tan básicas como la Sanidad, no deben estar a merced del favor o del capricho gubernamental. La organización de la Sanidad, ha de ser obra de los sanitarios mismos, conquistando por capacitación sindical la autonomía de clase y por subversión del orden actual, el derecho a disponer de sí mismos, abriendo cauce a la iniciativa y a la espontaneidad.

Los Sindicatos Unicos de Sanidad —poco más que esbozados en España— hermanan al técnico con el obrero y permiten a las clases sanitarias adquirir el grado de evolución de las organizaciones obreras, en la conquista de condiciones económicas que no estén en pugna (haciéndola estéril) con la Sanidad. «Sin libertad económica, la salud es un mito.» La emancipación económica puede ser tan provechosa para la Sanidad, como el descubrimiento de una medicina maravillosa.

Isaac Puente

HACEMOS LLAMAMIENTO...

Romain Rolland, nuestro querido colaborador y escritor formidable, nos manda el llamamiento siguiente contra la guerra en el Extremo Oriente.

No necesitamos añadir que ORTO se asocia plenamente a la ardiente y noble protesta de Romain Rolland.

«En nombre de la China asaltada, en nombre de la U. R. S. S. amenazada, en nombre de los pueblos de la tierra, en nombre de las grandes esperanzas de la Humanidad, que suscitan y sostienen en nosotros el alerta de las razas oprimidas de Asia y la heroica reconstrucción de la Rusia proletaria, exclamo: ¡Prestémosle ayuda! ¡Abajo los asesinos! Yo denuncio a la faz del mundo la innoble mentira de los Gobiernos de Europa y América, y en primer lugar el de Francia, en el que un puñado de aventureros, al servicio de los fabricantes de cañones, extienden sobre la tierra sus manos rapaces y utilizan el imperialismo militar del Japón como el hacha del verdugo, presta a cortar las cabezas de la Revolución. Yo denuncio, también, la traición de esta clase intelectual que, en otros tiempos, fué el vigía que, colocado en el palo mayor del barco, anunciaba las tormentas y lo conducía a buen puerto, y que hoy, bajamente, compra su quietud y su confort por su silencio o sus adulaciones de lacayo que sirve los intereses y las venganzas de los amos del oro y de los honores. Yo denuncio, además, la feria que se celebra en la plaza de Ginebra, la payasada de la Sociedad de Naciones.

Hago llamamiento a la conciencia adormecida de las mejores fuerzas de Europa y América. Hago llamamiento a la conciencia de la Fuerza colosal, que se ignora, de todos los pueblos del Universo, para cortar ese nudo de serpientes de todos los fascismos plutocráticos y militares que pronto contendrá la tierra —para triturar el huevo de la Conspiración— y para sellar las masas trabajadoras de todas las razas liberadas.

París, 1.º de marzo de 1932.

Romain Rolland»



Teoría de las crisis

Las crisis que estremecen periódicamente al mundo son fenómenos particulares de los siglos XIX y XX. Su aparición coincide con la extensión y la consolidación del capitalismo industrial; mas así como es difícil indicar una fecha precisa que marque el nacimiento de este último, no es menos difícil fijar el punto de partida exacto del movimiento cíclico del industrialismo moderno. Hubo crisis, o más bien, cracs financieros durante el siglo XVIII, especialmente cuando la gran Revolución francesa.

Inglaterra conoció crisis en 1810, 1815 y 1818. Sin embargo, en esta época el capitalismo no estaba bastante desarrollado en Francia para que se pudiera asimilar las crisis financieras del tiempo de la Gran Revolución a las crisis industriales del XIX y del XX. Las crisis inglesas de 1810, 1815 y 1818, aunque produciéndose en un país donde el capital había obtenido ya sus primeras victorias, eran debidas a las perturbaciones de las guerras de Napoleón I más que al funcionamiento normal de la economía capitalista.

La primera crisis que se produjo independientemente de los trastornos políticos o sociales fué la del 1825. Después, las crisis se suceden con una regularidad que se va ampliando hasta alcanzar una prosperidad pronunciada; luego, la recaída súbita en la crisis. El intervalo entre dos crisis es, al principio, de once años: 1825, 1836, 1847; de diez años entre 1847 y 1857; de siete hasta 1873; de nueve entre 1873 y 1882; de ocho entre 1882 y 1890; de diez entre 1890 y 1900. Desde el principio del siglo XX, son tres ciclos de siete años: 1907, 1913-14 y 1920-21. En resumen: un intervalo de nueve años hasta la crisis actual.

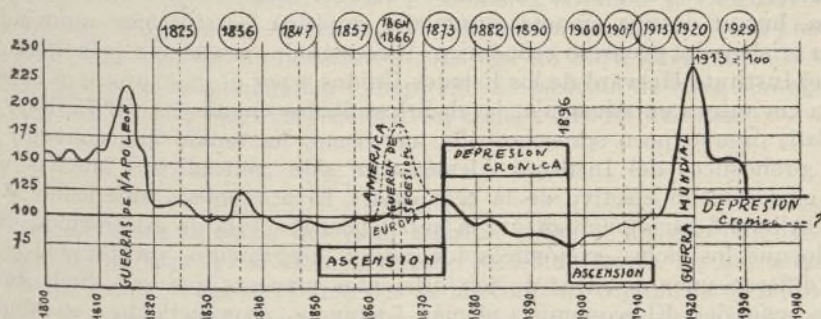
El estudio de las crisis ofrece gran interés desde mitad del siglo pasado. En efecto, es a partir de 1850 aproximadamente que el capitalismo industrial deviene de modo de producción *dominando* sobre el continente europeo y que las crisis periódicas continentales cesan de ser simples repercusiones de las crisis inglesas.

En el transcurso de estos ochenta y un años, se observan períodos que abarcan ciclos, y se caracterizan unos por una prosperidad preponderante y otros por una depresión prolongada. La curva de los precios refleja con bastante fidelidad estos movimientos de larga duración. De 1850 a 1873 y de 1896 a 1920 hay períodos ascendentes que duran cada uno cerca de un cuarto de siglo. Entre 1873 y 1896 se coloca una depresión crónica de la misma duración. Nuestro gráfico, representando el movimiento de los precios, hace resaltar estas oscilaciones.

Estos períodos no se distinguen simplemente por el alza o por la baja respectiva de los precios. Existen numerosos testimonios (especialmente de Federico Engels) sobre el marasmo permanente de los negocios entre 1873 y

1896, y no hay necesidad de insistir sobre la depresión crónica que sufre la economía europea desde el fin de la guerra. Según los cálculos de los hombres que conocen las estadísticas, el desarrollo está con una media de seis años, y la depresión, de dos años durante los períodos ascendentes; durante la depresión crónica de 1873 a 1896, la duración media del desarrollo no fué más que de dos años y la de la depresión de seis años. El gráfico ilustra estos movimientos.

Dadas la periodicidad de este fenómeno y la tenacidad con que burla desde hace un siglo todas las medidas preventivas, no es extraño que la economía política haya hecho de ello el problema central de sus investigaciones.



La evolución general de los precios desde 1800

La teoría de las crisis es, en efecto, el coronamiento de la ciencia económica. Es la piedra de toque que permite juzgar las distintas escuelas económicas, sus doctrinas y sus pretensiones. Siguiendo su aptitud para discernir las causas del movimiento cíclico de la producción capitalista, revelan la solidez y el valor de su ciencia.

Mas es obligado constatar que la mayor parte de las escuelas económicas carecen de las más elementales premisas para resolver la cuestión de las crisis. Es imposible abordar el problema supremo de una ciencia sin haber liquidado previamente los problemas elementales, sin poseer las herramientas necesarias a este estudio. Ahora, el problema elemental y esencial de la ciencia económica es el del *valor*. Aquel que tropieza en el primer escalón queda imposibilitado para llegar al final.

La escuela clásica inglesa (Adam Smith, David Ricardo), hacia fines del siglo XVIII y principios del XIX, ha desarrollado y precisado la teoría del *valor-trabajo* que considera el trabajo como la base o la fuente de todo valor, pero no ha sacado todas las consecuencias de su teoría. Es Carlos Marx a quien incumbe llevar hasta el fin el razonamiento de la escuela clásica: si sólo el trabajo humano es creador de valor de beneficio, el interés y la renta no pueden más que trabajo sustraído a los obreros y apropiado por las clases ociosas. Si se admite la teoría del *valor-trabajo* forzosamente se ha de llegar a aceptar las conclusiones de Marx que revela, en *El Capital*, las leyes motrices del orden capitalista y predice su pérdida fatal.

Los representantes de la ciencia burguesa, obligados a combatir las conclusiones socialistas de Marx, tuvieron que abandonar hasta las premisas que

había proporcionado la escuela clásica. La mayor parte de ellos se dirigieron contra la teoría del valor trabajo, que reposa sobre fundamentos objetivos, para entregarse a consideraciones puramente subjetivas; en vez de buscar la base del valor en las relaciones sociales la buscan en las profundidades del alma humana (Boehm-Bawerk, Jevons, Charles Gide). Sustituyen el método deductivo de la escuela clásica por el método puramente experimental de la llamada *escuela histórica* (Roscher, Schmoller).

De esta manera, la economía burguesa se ha privado ella misma de las armas indispensables al estudio de las crisis. El *coronamiento* de esta derrota es la escuela matemática, que repudia toda teoría y cuyo método consiste en establecer *barómetros de coyuntura*, en recoger estadísticas y a trazar curvas, o sea, buscar de una manera puramente empírica los síntomas anunciadores de la crisis y del progreso económico. Este método, practicado principalmente por el Instituto Harvard de los Estados Unidos y por el Instituto para la busca de la coyuntura en Alemania, ha dado resultados engañosos. El *Berliner Tageblatt*, órgano poco sospechoso de marxismo, ha tenido que convenir que «los pronósticos del Instituto Alemán han sido contradichos muchas veces por el desarrollo efectivo de la economía.» El economista americano W.-C. Mitchell confiesa implícitamente la impotencia absoluta de este método declarando que los ciclos económicos (depresión, crecimiento, prosperidad y crisis) difieren unos de otros de tan diferentes maneras que es difícil obtener leyes generales. El economista alemán Liefmann, pronunciándose en idéntico sentido, afirma que el *revirement* de la coyuntura está determinado por «consideraciones individuales». Schumpeter y Spiethoff tienen un punto de vista semejante.

Las crisis se les aparecen, pues, como resultando de factores psicológicos y subjetivos y, por tanto, como inexplicables por leyes generales y objetivas. Otros economistas, buscando las causas de ello, no en las leyes específicas de



la producción capitalista, sino en las leyes naturales: Jevons ha establecido una teoría ridícula que explica las crisis por las manchas solares (1884), y, más recientemente (1923). L. Moore las explica por las posiciones cambiantes del planeta Venus frente a frente de la Tierra y del Sol.

Werner Sombart, cuyas teorías variables y confusas extrañan a sus contemporáneos, ha llegado a declarar, como antes que él Clement Juglar y Liefmann, que la depresión es el estado normal de la economía moderna y que las crisis son causadas por el alza que las precede.

Para completar este desarrollo, las diferentes escuelas de la economía

burguesa están lejos del acuerdo en lo que respecta a la misma definición de la crisis. Algunos americanos (Mitchell, Thorp) llegan hasta rechazar la palabra crisis y la reemplazan por la de *recession* (retroceso). Otros discuten la cuestión de saber si se trata de exceso o de falta de producción o de exceso o falta de consumo. Los representantes de las teorías monetarias (Cassel, Juglar, Irving Fisher, Lloyd, Overstone), rechazando toda explicación por la producción, atribuyen las crisis a desorden en la circulación, bien por la escasez de dinero, bien a los fenómenos del crédito o a la producción y reparto del oro.

Sería insensato querer explicar esta indecible confusión por la insuficiencia intelectual de los representantes de la economía burguesa. Algunos de ellos (citamos solamente Fisher, Gide, Sombart, Aftalion y Lescure) han aportado al estudio de estos fenómenos complejos una erudición a toda prueba y una admirable agudeza de penetración. Así que no es su inteligencia lo que les falla, sino su método subjetivo y empírico. Su posición de clase les impide el manejo del método objetivo y deductivo, como es el del marxismo.

* * *

Fundada sobre la teoría del valor trabajo, sobre el análisis objetivo de las relaciones sociales (y no sobre el estudio de *los deseos* de los individuos), sobre la deducción de las leyes motrices de la economía capitalista (y no sobre el empirismo grosero consistente en describir los fenómenos de la superficie), la doctrina marxista da una explicación clara y limpia de las crisis, atribuyéndolas a la sobreproducción, a la sobreproducción *relativa*, bien entendido. Hay sobreproducción con relación a las necesidades *solventes*, no a las *necesidades*; hay demasiadas mercancías para los compradores, no para los consumidores. No basta *querer consumir*, es necesario *poder comprar*. Mas la capacidad de compra de la sociedad capitalista está limitada por dos lados: «La demanda de los obreros no basta, ya que el beneficio viene precisamente de que la demanda de los obreros es más pequeña que el valor de su producto, y que éste es tanto más grande como pequeña es la demanda. La demanda recíproca de los capitalistas no les basta» (1), pues la capacidad de consumo de los capitalistas está «limitada por la necesidad de acumular, de aumentar el capital y de producir la plusvalía en grande» (2).

De esta teoría se deduce una conclusión que Rosa Luxemburgo ha sacado y deducido en *La acumulación del Capital* (1913); el capitalismo tiene necesidad para dar salida a una parte de sus mercancías, de compradores que no sean ni capitalistas ni asalariados y que dispongan de un poder de compra autónomo.

Sin embargo, el marxismo no se limita solamente a descubrir la causa profunda de la crisis arriba indicada, sino que explica también la periodicidad. Marx desarrolla la ley de la baja tendencial del tipo de beneficio, que entra periódicamente en contradicción con las necesidades de puesta en valor del capital; las posibilidades de puesta en valor se hurtan al consumo limi-

(1) K. Marx, *Historia de las Doctrinas económicas*, T. IV, P. 301.

(2) K. Marx, *El Capital*.

Algunos marxistas (Hilferding, Lenine, Bujarín) se inclinan a explicar las crisis por la falta de proporcionalidad entre las distintas ramas de la producción capitalista. Marx, en efecto, subraya que pueden resultar *posibilidades* de crisis de una producción mal proporcionada, pero ha indicado más de una vez que la desproporcionalidad no es más que un factor secundario (2). La tesis de estos tres autores mencionados se refiere, más o menos, a la teoría de *Tougan-Baranovsky*, que procede de una falsa interpretación de los esquemas del libro II de *El Capital* (tomos VII y VIII de la edición francesa de A. Costes), e indirectamente de la teoría del equilibrio entre la producción y el consumo, teoría defendida hace cien años por Ricardo y Say. Hace poco un marxista alemán, Henryk Grossmann, ha tratado de dar a la teoría marxista de las crisis una interpretación original y opuesta a la vez a la teoría de Rosa Luxemburgo y a la de la desproporcionalidad (3).

A. Minard

-

58

La crisis del capitalismo

La crisis aguda que sufre actualmente el mundo entero no es solamente una crisis financiera, como se vió al principio en América; no es una crisis cíclica como todas las, del siglo XIX y principios del XX, cuya serie se ha visto interrumpida por la guerra mundial. La crisis universal que sufrimos es, ciertamente, de naturaleza económica, siendo agravada por la gran guerra y las revoluciones sociales que han seguido a ésta. Es, en suma, la crisis de todo un régimen social, de toda nuestra civilización. Es la crisis del capitalismo y únicamente podrán repararse sus efectos y evitar en el porvenir semejantes cataclismos si se reajustan las formas económicas de nuestra sociedad.

La crisis proviene, en el fondo, del antagonismo y del choque entre la organización actual de la producción y el consumo de los productos bajo el régimen capitalista.

Todos los descubrimientos, las invenciones y el desarrollo incesante de la técnica permiten a la Humanidad el fabricar productos alimenticios, vestidos, casas, objetos de lujo de todas clases, etc., en cantidades enormes, cantidades que nuestros padres y abuelos no se hubieran podido imaginar. Una sola fábrica de calzado, la de Thomas Bat'a, en Zlin (Checoslovaquia), llega a producir 200.000 pares de calzado *por día*, empleando 30.000 obreros. Sin embargo, todos los productos no pueden llegar a sus destinatarios, las poblaciones trabajadoras de distintos países, porque una ínfima minoría de cada población, la clase capitalista y los grandes terratenientes, dirige la producción en su propio interés para realizar beneficios individuales sin tener en cuenta las necesidades reales de toda clase de productos que quedan sin satisfacer en las vastas masas de población.

Para aumentar sus beneficios individuales, las empresas capitalistas todavía han *racionalizado* —como dicen en su jerga— la producción. Es decir, que han acelerado por fuerza la producción, acrecido la productividad de cada máquina y la del trabajo de cada obrero, reemplazando cada vez más la mano de obra por la máquina. Por lo mismo han acrecido constantemente el paro forzoso.

Hemos llegado ahora al punto que mientras en el Canadá se quema el trigo por no haber compradores y que en el Brasil se alimentan las locomotoras con el café invendido, existen en la actualidad en el mundo dicho *civilizado*, VEINTICINCO MILLONES DE OBREROS EN PARO FORZOSO y una miseria tan intensa como no se había conocido nunca en el mundo.

Alemania ha sobrepasado en el 31 de enero de 1932 los SEIS MILLONES DE PARADOS; la estadística de los Estados Unidos de América acusa la

cifra global de 8.300.000 parados involuntarios. Toda la vida social está paralizada.

En resumen, las sociedades humanas han creado medios de producción cada vez más crecientes y masas enormes de productos y riquezas de todas suertes, pero cuya circulación está trabada por el régimen capitalista actual. Y gracias a este régimen las clases laboriosas no tienen el derecho de consumir lo que han producido y en su mayor parte están faltas de todo. Y es porque el egoísmo, el interés personal de los patronos —industriales y financieros— se levanta contra el interés de las grandes masas de consumidores y de los que no pueden consumir por estar sumidos en la mayor miseria y no tienen ni un solo céntimo.

Para expresar esta verdad bajo otra forma, diremos: la clase capitalista no ha sabido adaptar la producción al consumo y enriquecer suficientemente las masas populares para que ellas puedan comprar las mercancías producidas al mismo tiempo que aquélla se enriquecía y aumentaba sus medios de producción.

El egoísmo capitalista de que hablamos es una consecuencia inevitable del régimen de producción y del orden social actual.

Supongamos que los emprendedores capitalistas más avisados hayan podido prever que un régimen de competencia, como el de nuestros días, debería llegar necesariamente, en 1930, a una crisis seria, volviéndose doblemente grave en razón de la angustia general que siguió a la guerra internacional y por el hecho de que los mercados importantes se hallaban cerrados (aislamiento de Rusia, revolución china, disturbios en Manchuria y en diversos Estados de América del Sur, boicotaje de las mercancías en la India). Razonablemente, y en interés general, estos emprendedores inteligentes hubieran debido entonces restringir a tiempo la producción con el fin de adaptarse mejor al consumo. Pero en su propio interés podían, por el contrario, juzgar que era más conveniente extender sus negocios con el fin de poder producir a precios más bajos haciendo así pagar los vidrios rotos a la competencia. Thomas Bat'a sabe perfectamente bien que intensificando más la producción en sus fábricas de calzados arruina millones de artesanos y de pequeños fabricantes de zapatos y agrava así el paro en distintos países.

Los mismos intereses particulares y el mismo desdén por el interés general de la Humanidad hace que todas las naciones refuercen sus derechos de aduanas hasta el punto en que la circulación de las mercancías se encuentre bloqueada por todas partes. Cada uno piensa para sí: «Tras de mí, el diluvio.»

Funcionando fuera de toda inquietud por el interés general, movida exclusivamente por la avaricia de la ganancia individual y sin conocimiento de las probabilidades del consumo, la Economía capitalista ha roto la armonía necesaria entre la producción y el consumo sociales y ha creado una situación internacional que no pueden tolerar por más tiempo los pueblos más avanzados.

Se está preparando el hundimiento del régimen de producción actual y la transformación general del orden capitalista, según se observa a vista de pájaro, apreciándose el desarrollo racional de una Economía moderna que se ha hecho inconciliable con las condiciones políticas y sociales de hoy.

Si no deseamos asistir a una dislocación de toda la civilización humana será necesario terminar con el régimen capitalista.

Tanto tiempo como esté sin control la producción social por parte de las poblaciones enteras, así tardará en desaparecer este terreno de caza particular para aquel que busque su propio provecho y especule con la miseria de las masas (disminución de los salarios), y la producción social chocará siempre con la resistencia de una fuerza fundamental y primordial que es más potente que la forma de producción en sí misma y que se llama el consumo social.

No podemos tolerar por más tiempo que algunos millares de señores feudales de la industria, del comercio y de las finanzas dicten la ley a los pueblos enteros.

* * *

Sin embargo, ¿de qué potencia, de cuáles organizaciones deberá venir el control y la alta dirección de la producción social si queremos prevenir estos conflictos en el porvenir? No ciertamente de los *trusts*, cartels, consorcios y emprendedores privados. Ya en las crisis anteriores de nuestro siglo, las de 1901, 1902 y las de 1907 y 1909, se ha podido comprobar que ocurrían particularmente en los Estados Unidos y en Alemania, o sea, precisamente en los países donde más desarrolladas estaban las combinaciones capitalistas. La larga crisis actual ha probado más aún que estas combinaciones son incapaces de adaptar en su rama respectiva la producción al consumo social y evitar estos conflictos espantosos.

El Estado actual no solamente no es capaz de hacer este servicio a la Humanidad, salvo quizá en algunas industrias especiales como Correos, Telégrafos, Teléfonos, Ferrocarriles y los servicios municipales de comunicaciones, de tranvías y autobuses, la electricidad, el gas, el agua, etc., sino que es más bien una sustitución política que se extiende muy poco a la vida económica de los pueblos. Es más un observador superficial de la vida real dirigido asimismo por las clases capitalistas, por los financieros, industriales, grandes comerciantes y propietarios agrarios.

La vida social económica deberá ser organizada de abajo arriba, en vez de estar dirigida por el Estado de arriba abajo.

Tan poco capaces como los *trusts* o cartels capitalistas y el Estado, lo son los partidos políticos o los grupos anarquistas para dirigir felizmente la producción social. Todo partido político, toda organización de afinidades quedando fuera de la producción real, debe necesariamente conducirse en la dirección de la vida económica. Y si los partidos políticos o los grupos anarquistas deben intervenir como tales en la producción, desembocarán necesariamente en una dictadura y en una tiranía social, presentándonos un ejemplo el régimen bolchevista ruso y el fascista italiano, cada uno en su aspecto.

Las únicas organizaciones que serán capaces en el porvenir de dirigir de abajo arriba la producción social son los Sindicatos de trabajadores manuales e intelectuales. Sólo ellos están en contacto *directo e inmediato* con los trabajos en los establecimientos industriales y comerciales, los grandes medios de transporte y de comunicación, las oficinas de administración y las empresas agrícolas. De acuerdo con las Cooperativas y otras organizaciones de

ratos de punzante humor contra el misticismo y religiosismo.

Francamente buena es esta novela de Sender, en la que se aprecia desde las primeras líneas el pensamiento afilado, el camino seguro, la narración acertada.

Y tenemos, también, su *O. P.* (Orden Público) (5), recientemente editado.

«¿Qué has comido hoy?

El chico, muy convencido de la lógica, explicó:

—Hoy no me toca.

—¿Eh?

—No, señor. Me tocaba ayer.

—Entonces... ¿comes un día sí y otro no?

Los ojos extraviados del Chavea se animaban ante la promesa del día siguiente:

—Sí, señor. Mañana comeré.»

He aquí una conversación.

El Chavea es un chiquillo que ha intentado fugarse de la prisión y muere en el tormento del hambre y la sangre de sus

heridas. ¡Oh, régimen carcelario! ¡Régimen burgués!

O. P. está escrito en la cárcel y lleno de realidades horribles, que Ramón J. Sender describe vivamente, volcando su pensamiento, su sensibilidad, sus ideas:

«¡Eh, que tengo mil legiones de acero sedientas de sangre!»

Sí, camarada Sender; compañero Sender. Después de leer tu libro se siente sed; mucha sed.

G. Bel

(1) *Rúbricas*, Benjamín Jarnés. Biblioteca Atlántico, Madrid.—Pesetas 3'50.

(2) *Escenas junto a la muerte*, Benjamín Jarnés. Espasa-Calpe, Madrid.—Pesetas 5.

(3) *Imán*, Ramón J. Sender. Editorial Cénit, Madrid.—Pesetas 5.

(4) *El verbo se hizo sexo*, Ramón J. Sender. Zevs, Madrid.—Pesetas 5.

(5) *O. P.* (orden público), Ramón J. Sender. Editorial Cénit, Madrid.—Pesetas 5.



Ante la imposibilidad de publicar en este primer número todos los trabajos que se nos han remitido referentes a la crisis de la economía mundial y del sistema capitalista, dejamos para el próximo originales interesantísimos de nuestros colaboradores Roger Francq, A. Lafon, Hildegart, A. C. Ayguesparse, G. Friedman, Alcrudo, Millet, etc.

Damos las gracias a todos por el interés y rapidez con que han acudido al llamamiento nuestro en favor de la edificación de la nueva sociedad.

CUADERNOS DE CULTURA

Publicación
quincenal

Verdadera y única enciclopedia popular al alcance de todas las inteligencias
y de todas las fortunas

PRECIO: 60 CÉNTIMOS

Cada mes dos elegantes tomitos, de nutrido texto, conteniendo una materia bien seleccionada y sistematizada que le ayudará a formar su cultura, sin grandes quebraderos de cabeza. He aquí los títulos publicados:

- 1.—**Socialismo**, por Marín Civera.
- 2.—**Introducción a la Filosofía**, por Fernando Valera (Agotado.)
- 3.—**Universo**, por el Dr. Roberto Remartínez. (Agotado.)
- 4.—**Liberalismo**, por Fernando Valera. (Agotado.)
- 5.—**La formación de la Economía Política**, por Marín Civera. (Agotado.)
- 6.—**Sistemas de gobierno**, por Mariano Gómez y González.
- 7.—**Higiene individual o privada**, por el Dr. Isaac Puente. (Agotado.)
- 8.—**Escritores y Pueblo**, por Francisco Pina.
- 9.—**Sindicalismo**, por Angel Pestaña. (Agotado.)
- 10.—**La Vida (Biología)**, por el profesor Luis Huerta. (Agotado.)
- 11.—**Nuestra casa solariega (Geografía)**, por Gonzalo de Reparaz.
- 12.—**Cómo se forma una biblioteca**, por Carlos Sáinz de Robles.
- 13.—**Monarquía y República**, por Alicia Garcítoral.
- 14.—**América antes de Colón**, por Ramón J. Sender.
- 15.—**La familia en el pasado, en el presente y en el porvenir**, por Edmundo González-Blanco.
- 16.—**La dramática vida de Miguel Bakunin**, por Juan G. de Luaces.
- 17.—**Uso y abuso de la tierra**, por Emilio Palomo.
- 18.—**La Escuela Única**, por José Ballester Gosalvo.
- 19.—**Democracia y Cristianismo**, por Matías Usero.
- 20.—**Introducción al estudio de la Historia Natural**, por Enrique Rioja.
- 21.—**Salvador Seguí ("Noy del Sucre")**, por José Viadiu.
- 22.—**El mundo de habla española**, por Leopoldo Basa.
- 23.—**El romancero español**, por Ramón de Campoamor Freire.
- 24.—**La vida de las plantas**, por Emilio Guinea López.
- 25.—**Por la Escuela Renovada**, por Carmen Conde.
- 26.—**La Dictadura, la Juventud y la República**, por Lázaro Somoza Silva.
- 27.—**Gabriel Miró (El escritor y el hombre)**, por Juan Gil-Albert.
- 28.—**Cómo nació España (Primero de la Historia popular de España)**, por Gonzalo de Reparaz.
- 29.—**El logro de nuestro tiempo. ¿Revolución?**, por Antonio Porras.
- 30.—**El problema social en las democracias**, por Augusto Villalonga.
- 31.—**Pablo Iglesias (De su vida y de su obra)**, por Julián Zugazagoitia.
- 32.—**Sexo y Amor**, por Hildegart.
- 33.—**Disciplina de la liberación**, por Fernando Valera.
- 34.—**El desarme moral**, por Rodolfo Llopis.
- 35.—**El impuesto y los pobres**, por Julio Senador Gómez.
- 36.—**Teresa de Jesús lejos de la Santidad y del histerismo**, por Teófilo Ortega.
- 37.—**Higiene de la primera infancia (Puericultura)**, por Luis Valencia.
- 38.—**Una mujer capaz: Teresa de Jesús**, por Teófilo Ortega.
- 39.—**Los Separatismos**, por S. Montero Díaz.
- 40.—**La Anarquía**, por Sebastián Faure.
- 41.—**La Revolución Sexual**, por Hildegart.
- 42.—**Los microbios y la infección**, por el Dr. Isaac Puente.
- 43.—**El Sufragio Universal**, por Joaquín Coca.
- 44.—**La trágica lucha entre el Korán y el Evangelio**, por Gonzalo de Reparaz.
- 45.—**Azorín (De su vida y de su obra)**, por José Alfonso.
- 46.—**El esfuerzo ruso: La revolución Agraria**, por M. Farbman.
- 47.—**La Religión de la Humanidad**, por Matías Usero Torrente.
- 48.—**La tierra de España y la Reforma agraria**, por Pedro González Blanco.
- 49.—**El peligro religioso**, por Matías Usero.
- 50.—**La economía de la República Española**, por J. Millet Simón.
- 51.—**Manchuria y el Imperialismo**, por Andrés Nin.

En el número 52, correspondiente al 31 de marzo, publicará

El Comunismo libertario expuesto por un ingeniero español

por

Alfonso Martínez Rizo

(Vicepresidente del Sindicato
de obreros intelectuales
de Barcelona)

Una descripción objetiva
y sencilla del comunismo
libertario.

Suscripción: Pesetas 5'50. cada 10 números.—Pida el título que le interese y se le enviará contra reembolso, cargando 0'50 ptas. por gastos de correo y certificado.—Se desean corresponsales para la difusión de esta obra de cultura.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: LUIS MOROTE, 44. - VALENCIA

EDICIONES «ORTO»

Luis Morote, 44 - VALENCIA (España)

MARIN CIVERA

EL SINDICALISMO

HISTORIA - FILOSOFIA - ECONOMIA

UNA DE LAS PRIMERAS SISTEMATIZACIONES DE TAN DISCUTIDA TEORIA

Un volumen de 272 páginas, con bonita cubierta a color, 3 PESETAS

HILDEGART

PROFILAXIS ANTICONCEPCIONAL

PATERNIDAD VOLUNTARIA

(GUÍA PRÁCTICA DE LOS MEDIOS PARA EVITAR EL EMBARAZO)

Con numerosos grabados en el texto

Un volumen de 112 páginas, con cubierta bicolor, 2 PESETAS

JOSE LÓPEZ TOMÁS

Catedrático de la Escuela Profesional de Comercio

PLAN FINANCIERO QUINQUENAL DE LA REPÚBLICA ESPAÑOLA

Una acertada visión de la economía española desde el punto de vista socialista. La supresión de los privilegios del Banco de España y Banco Hipotecario, y la socialización de sus emisiones.

Un grueso volumen de 250 páginas, 5 PESETAS

RAMÓN J. SENDER

TEATRO DE MASAS

El proletariado y la escena moderna. — El teatro sintético ruso, el socialdemócrata alemán, etc.

Un elegante tomito de más de 100 páginas, con magnífica cubierta, 2 PESETAS

PÍDALOS A SU LIBRERO O CONTRA REEMBOLSO